

Dirección de Pierre Bourdieu

La miseria del mundo

Akal / Grandes Temas

¿Qué interés hay en estudiar la filosofía –se pregunta Ludwig Wittgenstein– si eso no mejora nuestro modo de pensar las cuestiones importantes de la vida de todos los días, si no nos hace más conscientes que un periodista cualquiera en la utilización de ciertas expresiones que emplea «la gente de esta especie»? El mensaje sociológico puede permitir que se conozca el origen social de las desdichas en todas sus formas, incluso las más íntimas y secretas; lo que el mundo social ha hecho, el mundo social, armado de este saber, puede deshacerlo.

La presente obra reúne testimonios que dieron hombres y mujeres en relación con sus existencias y la dificultad de vivir. Un equipo de sociólogos dirigido por Pierre Bourdieu trabajó durante tres años en la realización de entrevistas, que se presentan acompañadas por análisis teóricos y planteamientos metodológicos que transmiten los elementos necesarios para comprender la posición de la persona interrogada sin establecer respecto a ella una distancia que la reduzca al estado de curiosidad entomológica.

Cumpliendo lo que es, según Wittgenstein, la meta de la filosofía, al analizar los llamados «lugares difíciles» –los conjuntos urbanísticos y la escuela– los autores reemplazan las imágenes simplistas y unilaterales que utiliza la prensa por una representación compleja y múltiple, y abandonan el punto de vista único y central en beneficio de la pluralidad de perspectivas, coexistentes y a veces rivales. La urbanización, la escuela, el trabajo social, el subproletariado, el universo de los empleados, el de los campesinos y artesanos, la familia, etcétera; la crónica de un joven militante del Frente Nacional, de la profesora de un colegio ubicado en una zona desfavorecida, de un comerciante vinatero arruinado, de los inmigrantes y de aquellos a quienes se sigue llamando «inmigrantes» aunque hayan nacido en Francia: todas éstas son las múltiples perspectivas que constituyen ese espacio en el cual los autores no sólo hacen propio el precepto spinoziano «No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender», sino que brindan al lector los medios para respetarlo.

Es de esperar que la acción política se valga de los medios racionales que le provee la ciencia: nada es menos inocente que el *laissez-faire* y toda política que no aproveche plenamente las posibilidades, por reducidas que sean, que se ofrecen a la acción y que la ciencia puede ayudar a descubrir, puede considerarse como culpable de no asistencia a una persona en peligro.



akal
EDICIONES

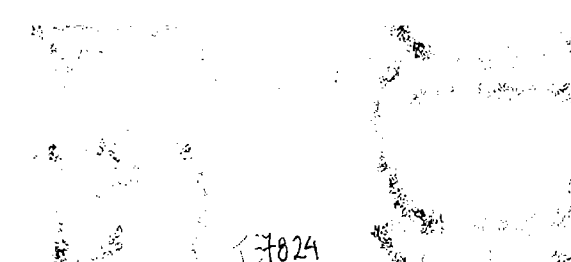


Traducción de HORACIO PONS



Pierre Bourdieu y

A. Accardo, G. Balazs, S. Beaud,
E. Bourdieu, P. Bourgois, S. Broccolichi,
P. Champagne, R. Christin, J.-P. Faguer,
S. García, R. Lenoir, F. Ceuvrard, M. Pialoux,
L. Pinto, A. Sayad, C. Soulié, L. Wacquant



17824

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español (abreviada), 1999

Pierre Bourdieu

Titulo original: *La misère du monde*
© Éditions du Seuil, 1993
ISBN de la edición original: 2-02-019674-3

Coordinación editorial: Gladys Roseberg
Diseño de tapa: Marina Rainis / Valeria Torres
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez

© 1999, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
DE ARGENTINA, S. A.,
por cesión para España
© Ediciones Akal, S. A., 1999
Sector Foresta, 1
28700 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 91 806 19 96
Fax: 91 804 40 28
ISBN: 84-460-1241-3
Depósito legal: M. 8818-1999
Impreso en MaterPrint, S. L.
Colmenar Viejo (Madrid)

Al lector

Entregamos aquí los testimonios que nos dieron hombres y mujeres en relación con sus existencias y la dificultad de vivir. Los organizamos y presentamos con vistas a conseguir que el lector les dirija una mirada tan *comprehensiva* como la que nos imponen y nos permiten otorgarles las exigencias del método científico. Por eso esperamos que tenga a bien seguir el rumbo propuesto; esto, aun cuando comprendemos que, al ver en los diferentes "estudios de casos" una suerte de pequeños relatos, algunos prefieren leerlos al azar y deciden ignorar los previos planteos metodológicos o los análisis teóricos que, en nuestra opinión, son sin embargo completamente indispensables para una justa comprensión de las entrevistas.¹

¿Cómo no experimentar, efectivamente, un sentimiento de inquietud en el momento de hacer *públicas* ciertas palabras *privadas*, confidencias recogidas en un vínculo de confianza que sólo puede establecerse en la relación entre dos personas? Es indudable que todos nuestros interlocutores aceptaron dejar en nuestras manos el uso que se hiciera de sus dichos. Pero ningún contrato está tan cargado de exigencias tácitas como un contrato de confianza. En primer lugar, por lo tanto, debíamos tratar de proteger a quienes se habían confiado a nosotros (en especial, cambiando a menudo datos tales como los nombres de lugares o personas que pudieran servir para identificarlos); pero también, y sobre todo, era preciso que intentáramos ponerlos al abrigo de los peligros a los que expondríamos sus palabras si los abandonáramos, sin protección, a las tergiversaciones del sentido.

"No lamentar, no reír, no detestar, sino comprender." De nada serviría que el sociólogo hiciese suyo el precepto spinoziano si no fuera también capaz de brindar los medios de respetarlo. Ahora bien, ¿cómo facilitar los medios de comprender, es decir, de tomar a la gente como es, sino ofreciendo los instrumentos necesarios para aprehenderla como *necesaria*, para necesitarla, al relacionarla metódicamente con las causas y las razones que tiene para ser lo que es? ¿Pero cómo explicar sin "sujetar

1. Traducimos al final de la obra (p. 527) la exposición detallada de los presupuestos epistemológicos de las operaciones de encuesta, transcripción y análisis de las entrevistas.

El espacio de los puntos de vista

Pierre Bourdieu

con alfileres"? ¿Cómo evitar, por ejemplo, dar a la transcripción de la entrevista, con su preámbulo analítico, el aspecto de un protocolo de caso clínico precedido por un diagnóstico clasificatorio? La intervención del analista es tan difícil como necesaria: debe, a la vez, manifestarse sin el menor disimulo y esforzarse sin cesar por hacerse olvidar. Así, el orden en que están distribuidos los casos analizados apunta a acercarse en el momento de lectura a personas cuyos puntos de vista, completamente diferentes, pueden verse confrontados, e incluso enfrentados, en la existencia; también permite hacer manifiesta la representatividad del caso directamente analizado, una profesora o un pequeño comerciante, al agrupar alrededor de él "casos" que son algo así como sus variantes. En la transcripción de la entrevista misma, que somete el discurso oral a una transformación decisiva, el título y los subtítulos (siempre tomados de las palabras del entrevistado), y sobre todo el texto que antepone al diálogo, tienen la misión de dirigir la mirada del lector hacia los rasgos pertinentes que la percepción distraída y desarmada dejaría escapar. Su función es recordar las condiciones sociales y los condicionamientos de los que es producto el autor del discurso, su trayectoria, su formación, sus experiencias profesionales, todo lo que se disimula y se revela a la vez en el discurso transcrito, pero también en la pronunciación y la entonación, borradas por la transcripción, así como en el lenguaje del cuerpo –gestos, postura, mímicas, miradas– y de igual modo en los silencios, los sobreentendidos y los lapsus.

Pero el analista sólo puede esperar que sus intervenciones más inevitables sean aceptables al precio del trabajo de *escritura* que es indispensable para conciliar propósitos doblemente contradictorios: transmitir todos los elementos necesarios para el análisis objetivo de la ubicación de la persona interrogada y la comprensión de sus tomas de posición, sin establecer con respecto a ella una distancia objetivante que la reduzca al estado de curiosidad entomológica; adoptar un punto de vista lo más próximo posible al suyo sin proyectarse indebidamente. pese a ello, en ese *alter ego* que siempre es, quiérase o no, un objeto, para constituirse abusivamente en el sujeto de su visión del mundo. Y nunca tendrá éxito en su empresa de objetivación participante si no logra dar las apariencias de la evidencia y lo natural, e incluso del sometimiento ingenuo a lo dado, a determinadas construcciones íntegramente habitadas por su reflexión crítica. •

Para comprender qué sucede en lugares que, como las "urbanizaciones" [cités]* o los "conjuntos urbanísticos", y también muchos establecimientos escolares, reúnen a personas a las que todo separa, obligándolas a cohabitar, sea en la ignorancia o la incompreensión mutua, sea en el conflicto, latente o declarado, con todos los sufrimientos que resultan de ello, no basta con explicar cada uno de los puntos de vista captados por separado. También hay que confrontarlos como ocurre en la realidad, no para relativizarlos dejando actuar hasta el infinito el juego de las imágenes cruzadas sino, muy por el contrario, para poner de manifiesto, por el mero efecto de la yuxtaposición, lo que resulta del enfrentamiento de visiones del mundo diferentes o antagónicas: es decir, en ciertos casos, lo *trágico* que nace de la contraposición, sin posibilidad de concesión ni compromiso, de puntos de vista incompatibles, por estar igualmente fundados como razón social.

Si bien las entrevistas se concibieron y construyeron como conjuntos autosuficientes que pueden leerse en forma aislada –y en cualquier orden–, se las distribuyó de manera que las personas pertenecientes a categorías con posibilidades de reunirse e incluso confrontarse en el espacio físico (como los conserjes de las M.M.** y los habitantes, adultos o adolescentes, obreros, artesanos o comerciantes, de ese tipo de residencias), también se juntaran en la lectura. Con ello esperamos producir dos efectos: poner en evidencia que los llamados lugares "difíciles" (como lo son hoy la "urbanización" o la escuela) son antes que nada *difíciles de describir y pensar*, y que las imágenes simplistas y unilaterales (en especial las vehiculizadas por la prensa) deben ser reemplazadas por una representación compleja y múltiple, fundada en la expresión de las mismas realidades en discursos diferentes, a veces inconciliables, y a la manera de novelistas como Faulkner, Joyce o Virginia Woolf, abandonar el punto de vista único, central, dominante –en síntesis, casi divino– en el que se sitúa gustoso el observador –y también su lector (al menos, mientras no se sienta involucrado)– en beneficio de la pluralidad de puntos de vista coexistentes y a veces directamente rivales.¹

* Complejos habitacionales constituidos por *monoblocks*, situados, por lo general, en las afueras de las ciudades, donde suele agruparse una población de bajos recursos (n. del t.).

** *Habitation a loyer modéré*: Viviendas de Alquiler Moderado: viviendas económicas para personas de escasos recursos, de cuyo alquiler se hace cargo, parcial o totalmente, el Estado francés (n. del t.).

¹ También podría invocarse el modelo de *Don Quijote* que, en especial cuando da nombres diferentes a los mismos personajes, explicados por justificaciones etimológicas diversas, o cuando actúa sobre los niveles de lenguaje, intenta restituir la multivalencia que tienen las palabras para las diferentes personas² y, al mismo tiempo, la pluralidad de perspectivas que hacen la complejidad y ambigüedad de la existencia humana (cf. L. Spitzer, *Linguistic Perspectives in the "Don Quijote"*, *Linguistics and Literary History: Essays in Linguistics*, Princeton, Princeton University Press, 1948, pp. 41-85 [traducción castellana: *Lingüística e historia literaria*, Madrid, Gredos, 1982]).

Este perspectivismo no tiene nada de un relativismo subjetivista que conduzca a una forma de cinismo o nihilismo. Se funda en la realidad misma del mundo social y contribuye a explicar una gran parte de lo que sucede en ese mundo y, en particular, muchos de los sufrimientos originados en la colisión de los intereses, disposiciones y estilos de vida diferentes que favorece la cohabitación, especialmente en el lugar de residencia o trabajo, de personas que difieren en todas esas relaciones. Es dentro de cada uno de los grupos permanentes (vecinos de barrio o edificio, compañeros de oficina, etcétera), horizonte vivido de todas las experiencias, donde se perciben y viven, con todos los errores (de objetivo, en particular) resultantes del efecto de pantalla, las oposiciones, sobre todo en materia de estilo de vida, que separan a clases, etnias o generaciones diferentes. Aun cuando a veces se encuentren personas cuya trayectoria, lo mismo que su posición, las inclina a una visión desgarrada y dividida en sí misma (pienso en la comerciante de artículos deportivos de una urbanización "difícil" que se siente autorizada a defenderse con vigor de las agresiones de los jóvenes, al mismo tiempo que los mira de manera comprensiva), el efecto de la confrontación directa de las diferencias consiste en favorecer la lucidez interesada y parcial de la polémica (es el caso, por ejemplo, de cierta inmigrante española que invoca la diferencia entre las estructuras de las familias europeas, que combinan un escaso índice de fecundidad y, a menudo, una fuerte disciplina de vida, y las familias magrebíes, muy prolíficas y condenadas con frecuencia a la anomia por la crisis de la autoridad paterna resultante de su condición de exiliado, mal adaptado y a veces colocado bajo la dependencia de sus propios hijos).

No hay experiencia de la posición ocupada en el macrocosmos social que no esté determinada o, al menos no sea modificada, por el efecto directamente experimentado de las interacciones sociales dentro de esos microcosmos sociales: oficina, taller, pequeña empresa, vecindario y también familia extensa. *El contrabajo*, de Patrick Süskind, brinda una imagen particularmente lograda de la experiencia dolorosa que pueden tener del mundo social aquellos que, como el contrabajista dentro de la orquesta, ocupan una posición inferior y oscura en el seno de un universo prestigioso y privilegiado, experiencia tanto más dolorosa, sin duda, a causa de que este universo, en el cual participan apenas lo suficiente para sentir su descenso relativo, está situado más arriba en el espacio global. Esa *miseria de posición*, referida al punto de vista de quien la experimenta al encerrarse en los límites del microcosmos, está destinada a parecer, como suele decirse, "completamente relativa", esto es, completamente irreal, si, al asumir el punto de vista del macrocosmos, se la compara con la gran miseria de condición; referencia cotidianamente utilizada con fines de condena ("No tienes que quejarte") o consuelo ("Sabes que hay quienes están mucho peor"). Empero, instituir la gran miseria como medida exclusiva de todas las demás significa prohibirse *percibir* y comprender toda una parte de los sufrimientos característicos de un orden social que, sin duda, hizo que aquella retrocediera (de todas formas, menos de lo que suele decirse) pero que, al diferenciarse, también multiplicó los espacios sociales (campos y subcampos especializados) que brindaron las condiciones favorables para un desarrollo sin precedentes de todas las formas de la pequeña miseria. Y no se daría una representación justa de un mundo que, como el cosmos social, tiene la particularidad de producir innumerables representaciones de sí mismo, si no se hiciera lugar en el espacio de los puntos de vista a esas categorías muy especialmente expuestas a la pequeña miseria que son las profesiones cuya misión es ocuparse de la gran miseria o hablar de ella, con todas las distorsiones ligadas a la particularidad de su punto de vista.

La rue des Jonquilles

Pierre Bourdieu

Este conjunto de viviendas heteróclitas, en principio designado con una sigla burocrática, ZUP* luego rebautizado "Val Saint Martin", uno de esos eufemismos mediante los cuales los responsables de las "operaciones" de DSG** pretenden "cambiar la imagen" de los vecindarios que deben renovarse; es, como sus pobladores, la huella visible que las sucesivas políticas industriales dejaron, como sedimentos, en las antiguas tierras agrícolas que se extienden al pie del monte Saint Martin y su iglesia romana. Tras la demolición a principios de los años noventa de la torre de 14 pisos, ya no queda hoy más que una hilera de casitas gemelas en régimen de "acceso a la propiedad", ocupadas por familias de obreros calificados, jefes de cuadrilla o capataces de la industria metalúrgica, a menudo originarios del extranjero —de Argelia, en especial— de los que cerca de la mitad están desocupados o en condición de prejubilados, como consecuencia de las diferentes "reestructuraciones" de la industria siderúrgica.

El señor Leblond y el señor Amezziane viven a uno y otro lado de la rue des Jonquilles, una amplia avenida sin árboles, bordeada por casitas con un minúsculo jardín (cuatro metros cuadrados), cercado por una pequeña pared y a menudo tapizado de papeles, juguetes rotos y utensilios abandonados: encima de un garaje, situado en la planta baja junto con el lavadero y

el baño, estas viviendas se componen de un departamento de tres ambientes al que se llega por una escalera muy empinada, de cemento desnudo, como puede verse en la casa del señor Amezziane, en la que no se hizo ninguna modificación salvo algunas arpilleras a modo de felpudo.

Excepto a la hora de salida de las escuelas, cuando se transforma en zona de juego de los niños, la rue des Jonquilles, tal vez porque no tiene nada de lo que comúnmente anima el espacio urbano —carnicerías, panaderías, almacenes, cafés, puestos de diarios o tabaquerías—, está casi siempre vacía y evoca naturalmente la palabra "desierto" que la gente de la región emplea con frecuencia para designar lo que han hecho de su comarca desde el cierre de las fábricas y la demolición de los edificios, que dejaron un inmenso vacío, y no únicamente en el paisaje.

Los habitantes de la rue des Jonquilles son algo así como los sobrevivientes de un inmenso desastre colectivo, y lo saben. Lo que desapareció con las fábricas fue su razón de ser: ingresaban en ellas con toda naturalidad —a menudo muy pronto, desde los 14 años, una vez terminada la escuela primaria y sin solución de continuidad con sus padres— y también con toda naturalidad destinaban a ellas a sus hijos. Mal que bien, también es su pasado, y todo el universo de las

* Zone à urbaniser en priorité. Zona de Urbanización Prioritaria (n. del t.)

** Développement social des quartiers. Desarrollo Social de los Barrios (n. del t.)

de sus hijos que no vive lejos. ¿No es así?, cada uno tiene su vida organizada. No, no, no, es... Y mi cuñada lo entiende muy bien, me llama por teléfono muy seguido, muy amablemente, y me pregunta cómo estoy, todo eso porque se da cuenta de que hago lo que puedo, pero no la molesto. No, no... Le puedo asegurar que me obsesiona no...

Nos hacen vivir...

—¿Y de dónde le viene esa obsesión por no molestar? Justo usted, que en su profesión siempre se ocupó de los otros.

LOUISE B.: Bueno, justamente porque vi lo que era molestar a unos y otros, ¿qué van a hacer con una vieja abuela? ¿Qué? No, vea... Nos hacen vivir, porque un poco se trata de eso, pero no sé si se le puede decir "vivir" [risas]. Dése cuenta de que me gusta leer, me gustan las palabras cruzadas, vienen, le aseguro, fácilmente. llaman, un "Scrabble"; en fin, cuando tengo un televisor que no funciona y además... no, porque tengo sobrinos, pero lo que se llama sobrinos por elección; o sea, hijos de amigos, para los que soy una tía. Entonces hay un matrimonio que me llamó por teléfono hace dos días y él me dijo, bueno: "Escúchame, te llevamos el televisor de mi suegra", así que tengo un hermoso televisor que funciona bien, y desde la cama puedo... eso es. Con lo cual, amablemente, muchos tratan de complacerme. [Se le arrebató la voz.] Pero hay otros que comprenden mucho menos cómo son las cosas. [Voz irritada.] Y que creen entender todo, manejar todo, organizar todo [imita su voz autoritaria]. "¿Por qué usa esos zapatos?" Si viera... ¡Oh, ayer fue dramático! Con esta sobrina, verdaderamente, tiene una manera de juzgar todo lo de una, tiene 40 años...

—¿Es la hija de otro hermano? ¿No la hija del que vive en La Rochelle?

LOUISE B.: ¡Oh, está grabado, cuidado, oh, sí!

[Muy inquieta por su futuro y "sacudida" por la visita de su sobrina, Louise B. procura no decir demasiado y pide hablar sin que la grabe; luego de una interrupción, proseguimos.]

LOUISE B.: Y entonces mi hermano y mi cuñada, bueno, mi cuñada es muy discreta. Justamente, hace un rato la asistente social me dijo por teléfono que mañana se van de viaje, así que pasan por París y hay una reunión con la asistente social y además no sé quién, no sé quién

más, para ver qué pueden hacer con los grandes pesos pesados que somos nosotros. [Risas. Ruidos en el pasillo.] Es cierto. Pero es cierto. ¿Cuántos hay como yo? Y pienso que todavía tengo suerte porque... bueno, me doy cuenta de lo que tengo; hay que saber lo que uno todavía tiene. El teléfono funciona perfectamente en casa, en fin, todavía llevo una vida muy activa...

—¿Pero qué es lo que prefiere?

LOUISE B.: Ya estoy harta, querría un rincón tranquilo en un asilo de ancianos...

—¿En un asilo de ancianos?

LOUISE B.: [Tono bajo.] Ah, sí... Una ya no tiene más que eso. No demasiado lejos para que cuanto menos puedan ir a verme...

—Sí, en París...

LOUISE B.: Sí, o cerca de París... [silencio]. Así que creo que es lo que van a analizar mañana; con tantísimas recomendaciones de mi sobrina. [imita su voz.] "Sobre todo, eh, no deje pasar lo que le propongan." ¡Por qué me meto! Como si hubiera recurrido a ella para vivir... ¡Pese a todo, ayer, como empezaba a hartarme, le recordé que hice dos años de sanatorio en 1938, sin que se supiera! Así que le dije: "Tú sabes que si es por coraje, lo tuve; por lo tanto, ¡es suficiente!", y un día le digo: "Mira, nadie se atrevió nunca a decirme lo que tú acabas de decirme", y me parece que ahí se dio cuenta de que se le había ido un poco la mano. Hay que reconocer que oírse decir eso hace mal.

—¿Cuál es la profesión de ella? ¿A qué se dedica?

LOUISE B.: Ah, hace psicología. Sí [risas]. Usted sabe, no es un ejemplo... psicología. Además no siguió —en realidad, no necesitaba trabajar—, su marido tiene una situación que le permite vivir, así que algunas veces yo me ocupo —demasiado— de sus hijos. Pero en fin, hay otros, así que veo a los otros... Incluso esta mañana, mire, un llamado telefónico de Montpellier: es una de esas, de las que una llama sobrinas por elección. Ayer era de Rouen, cómo decir, era una amiga de Cannes, eso es. Así que hay que ver todo lo que una tiene todavía. No sólo pensar en cómo saldrá del paso. [...]

[Entra un enfermero: "Buenos días, la vuelvo a molestar".]

LOUISE B.: ¿Qué quiere?

[El enfermero toma el diario que un visitante le dejó a Louise y sale.]

Febrero de 1992

Comprender

Pierre Bourdieu

No querría hacer aquí demasiados sacrificios a reflexiones teóricas o metodológicas sólo destinadas a los investigadores. "No hacemos más que glosarnos unos a otros", decía Montaigne. Y aunque no se tratara sino de eso, pero de un modo completamente distinto, querría evitar las disertaciones escolásticas sobre la hermenéutica o la "situación de comunicación ideal": creo, en efecto, que no hay manera más real y realista de explorar la relación de comunicación en su generalidad que consagrarse a los problemas inseparablemente prácticos y teóricos que pone de relieve el caso particular de la interacción entre el investigador y aquel o aquella a quien interroga.

No creo, sin embargo, que sea posible remitirse a los innumerables escritos calificados de metodológicos sobre las técnicas de investigación. Por útiles que sean cuando aclaran tal o cual efecto que el investigador puede provocar *sin saberlo*, casi siempre omiten lo esencial, sin duda porque siguen dominados por la fidelidad a viejos principios metodológicos que, como el ideal de la estandarización de los procedimientos, se originan en la voluntad de remedar los signos exteriores del rigor de las disciplinas científicas más reconocidas; en todo caso, no me parece que den cuenta de lo que siempre hicieron, y siempre supieron, los investigadores más respetuosos de su objeto y los más atentos a las sutilezas casi infinitas de las estrategias que despliegan los agentes sociales en la conducción corriente de su existencia.

Así, varias décadas de ejercicio de la encuesta en todas sus formas, desde la etnología hasta la sociología, desde el cuestionario llamado cerrado hasta la entrevista más abierta, me convencieron de que esta práctica no halla su expresión adecuada en las prescripciones de una metodología a menudo más cientificista que científica ni en las prevenciones anticientíficas de los místicos de la fusión afectiva. Por eso me parece indispensable tratar de explicitar las intenciones y los principios de los procedimientos que pusimos en práctica en la investigación cuyos resultados presentamos aquí. Con ello, el lector podrá reproducir en la lectura de los textos el trabajo de construcción y comprensión cuyo producto son.¹

1. Durante las diferentes reuniones de trabajo, expuse los objetivos de la investigación y los principios (provisionales) de la entrevista, que había extraído de algunas experiencias que tiempo atrás había realizado yo mismo o algunos colaboradores cercanos (en especial, Rosine Christin, Yvette Delsaut, Michel Pialoux y Abdelmalek Sayad). En cada ocasión se examinaron atentamente la elección de los temas y la forma de la entrevista en función de las características sociales del potencial entrevistado. En muchos casos, la escucha o la lectura de la primera entrevista plantearon nuevas cuestiones (de hecho o de interpretación) que exigían un segundo encuentro. A continuación, los problemas, las dificultades y las enseñanzas halladas por unos y otros durante la realización de las entrevistas se sometieron regularmente a discusión en el marco de mi seminario del Collège de France del año lectivo 1991-1992. El método se precisó poco a poco en la confrontación continua de las experiencias y reflexiones de los participantes, mediante la explicitación y la codificación progresiva de los rumbos efectivamente tomados.

Si bien la relación de encuesta se distingue de la mayoría de los intercambios de la existencia corriente en el hecho de que se atribuye fines de puro conocimiento, sigue siendo, no importa qué se haga con ella, una *relación social* que genera efectos (variables según los diferentes parámetros que pueden afectarla) sobre los resultados obtenidos.² No hay duda de que el interrogatorio científico por definición excluye la intención de ejercer cualquier forma de violencia simbólica capaz de afectar las respuestas; lo cierto es que, en esa materia, no es posible confiar exclusivamente en la buena voluntad, porque en la naturaleza misma de la relación de encuesta están inscriptas todo tipo de distorsiones. Distorsiones que se trata de conocer y dominar, y ello en la concreción misma de una práctica que puede ser reflexiva y metódica, sin ser la aplicación de un método o la puesta en acción de una reflexión teórica.

Sólo la reflexividad, que es sinónimo de método –pero una *reflexividad refleja*, fundada sobre un “oficio”, un “ojo” sociológico–, permite percibir y controlar *sobre la marcha*, en la realización misma de la entrevista, los efectos de la estructura social en la que ésta se efectúa. ¿Cómo pretender hacer la ciencia de los presupuestos sin un afán por darse una ciencia de los que uno maneja? Hay que esforzarse, en especial, por hacer un uso reflexivo de las conquistas de la ciencia social para controlar los efectos de la encuesta misma y embarcarse en el interrogatorio dominando sus efectos inevitables.

El sueño positivista de una perfecta inocencia epistemológica enmascara, en efecto, el hecho de que la diferencia no es entre la ciencia que efectúa una construcción y la que no lo hace, sino entre la que lo hace sin saberlo y la que, sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente posible sus actos, inevitables, de construcción y los efectos que, de manera igualmente inevitable, éstos producen.

Una comunicación “no violenta”

Tratar de saber qué es lo que se hace cuando se establece una relación de entrevista es, en primer lugar, intentar conocer los efectos que pueden producirse sin saberlo a raíz de esa especie de *intrusión* siempre un poco arbitraria que está en el origen del intercambio (en particular, por la manera de presentarse y presentar la encuesta, los estímulos brindados o negados, etcétera); es tratar de poner de relieve la representación que el encuestado se hace de la situación, de la encuesta en general, de la relación particular en la que se establece y de los fines que persigue, y explicitar las razones que lo llevan a aceptar participar en el intercambio. En efecto, con la condición de medir la magnitud y la naturaleza del desfase entre el objeto de la encuesta tal como lo percibe e interpreta el encuestado, y el objeto que el encuestador le asigna, este último puede tratar de reducir las distorsiones resultantes o, al menos, comprender qué puede y qué no puede decirse, las censuras que impiden expresar ciertas cosas y las incitaciones que alientan a hacer hincapié en otras.

Es el encuestador quien inicia el juego y establece sus reglas: es él quien, las más de las veces, asigna a la entrevista, de manera unilateral y sin negociación previa, objetivos y usos en ocasiones

2. La oposición tradicional entre los métodos llamados cuantitativos, como la encuesta por cuestionario, y los llamados cualitativos, como la entrevista, enmascara lo que tienen en común: el hecho de basarse en interacciones sociales que se cumplen bajo la coacción de estructuras sociales. Los defensores de ambas categorías metodológicas ignoran esas estructuras, cosa que también hacen, por otra parte, los etnometodólogos, propensos, a causa de su visión subjetivista del mundo social, a desconocer el efecto que las estructuras objetivas ejercen no sólo en las interacciones (entre los médicos y las enfermeras, por ejemplo) que registran y analizan, sino también en su propia interacción con las personas sometidas a la observación o el interrogatorio.

mal determinados, al menos para el encuestado. Esta asimetría se ve reforzada por una asimetría social, si el encuestador ocupa una posición superior al encuestado en las jerarquías de las diferentes especies de capital, en especial del cultural. El *mercado de bienes lingüísticos y simbólicos* que se instituye en oportunidad de la entrevista varía en su estructura según la relación objetiva entre el encuestador y el encuestado o –lo que viene a ser lo mismo– entre los capitales de todo tipo, y en particular lingüísticos, de que están provistos.

Tras tomar nota de esas dos propiedades inherentes a la relación de entrevista, nos esforzamos por poner en práctica todas las medidas posibles para dominar sus efectos (sin pretender anularlos); es decir –más precisamente–, para *reducir al mínimo la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ella*. Intentamos, por lo tanto, establecer una relación de *escucha activa y metódica*, tan alejada del mero *laissez-faire* de la entrevista no directiva como del dirigismo del cuestionario. Postura en apariencia contradictoria a la cual no es fácil atenerse en la práctica, puesto que, en efecto, asocia la disponibilidad total con respecto a la persona interrogada, el sometimiento a la singularidad de su historia particular –que puede conducir, por una especie de mimetismo más o menos controlado, a adoptar su lenguaje y abrazar sus puntos de vista, sentimientos y pensamientos– con la construcción metódica, fortalecida con el conocimiento de las condiciones objetivas, comunes a toda una categoría.

Para que fuera factible una relación de encuesta lo más próxima posible a este límite ideal, debían cumplirse varias condiciones: no bastaba con actuar, como lo hace espontáneamente todo “buen” encuestador, sobre lo que puede controlarse consciente o inconscientemente en la *interacción*, en particular el nivel del lenguaje utilizado y los signos verbales o no verbales aptos para alentar la colaboración de las personas interrogadas –que sólo pueden dar una respuesta digna de ese nombre al interrogatorio si son capaces de adueñarse de él y convertirse en sus sujetos–, sino que también había que actuar, en ciertos casos, sobre la *estructura* misma de la relación (y, con ello, sobre la estructura del mercado lingüístico y simbólico) y, por lo tanto, sobre la *elección* misma de las personas interrogadas y los interrogadores.

La imposición

Uno se asombra a veces de que los encuestados puedan poner tanta buena voluntad y complacencia para responder a preguntas tan descabelladas, arbitrarias o fuera de lugar como las que a menudo se les “propinan”, especialmente en los sondeos de opinión. Dicho esto, basta con haber realizado una sola vez una entrevista para saber hasta qué punto es difícil mantener la atención en lo que se está diciendo (y no sólo en las palabras) y prever las preguntas capaces de inscribirse “naturalmente” en la continuidad de la conversación, al mismo tiempo que se sigue una especie de “línea” teórica. Lo cual equivale a decir que nadie está exento del efecto de imposición que pueden ejercer las preguntas ingenuamente egocéntricas o simplemente distraídas y, sobre todo, del efecto de contragolpe que las respuestas así arrancadas amenazan con generar en el analista, siempre expuesto a tomar con seriedad, en su interpretación, un artificio que él mismo produjo sin saberlo. Es lo que ocurrió, por ejemplo, cuando un encuestador, por lo demás tan solícito como atento, preguntó a boca de jarro a un obrero metalúrgico, que acababa de comentarle la suerte que había tenido por trabajar toda la vida en el mismo taller, si él, “personalmente”, estaba “dispuesto a irse de Longwy”, a lo que obtuvo, una vez pasado el primer momento de franca estupefacción, una respuesta de cortesía del tipo de las que el encuestador y el codificador apremiados de los institutos de sondeo registran como un consentimiento: “¡Ahora [tono de asombro]?”

¿Por qué hacer eso? Irse... No le veo la utilidad... No, no creo que vaya a irme de Longwy... Ni siquiera se me pasó por la cabeza. En la medida en que mi mujer todavía trabaja. A lo mejor, eso es un freno... Pero irme de Longwy... no sé, a lo mejor, ¿por qué no?, algún día... Nunca se sabe... Pero todavía no se me ocurre hacerlo. No se me ocurrió, con más razón porque sigo... No sé, por qué no [risas], no sé, nunca se sabe...".

Por lo tanto, se decidió dejar a los encuestadores la libertad de elegir a los encuestados entre sus conocidos, o entre personas a las cuales podían ser presentados por éstos. En efecto, la proximidad social y la familiaridad aseguran dos de las condiciones principales de una comunicación "no violenta". Por una parte, cuando el interrogador está socialmente muy próximo a quien interroga, le da, gracias a su intercambiabilidad, garantías contra la amenaza de que sus razones subjetivas se reduzcan a causas objetivas y sus elecciones se vivan como libres al arbitrio de los determinismos objetivos puestos de relieve por el análisis. Por otra parte, se constata que en ese caso también queda asegurado un acuerdo inmediato —que constantemente se confirma— respecto de los presupuestos concernientes a los contenidos y las formas de la comunicación: acuerdo que se afirma en la emisión ajustada, siempre difícil de obtener de manera consciente e intencional, de todos los signos no verbales, coordinados con los signos verbales, que indican cómo debe interpretarse tal o cual enunciado, o bien cómo lo interpretó el interlocutor.³

Pero el universo de las categorías sociales que pueden alcanzarse en las condiciones óptimas de familiaridad tiene sus límites (aun cuando las homologías de posición también puedan fundar afinidades reales entre el sociólogo y ciertas categorías de encuestados, por ejemplo, magistrados o educadores sociales). Para intentar extenderlo lo más ampliamente posible, también habríamos podido recurrir, como lo hicimos en distintas investigaciones anteriores, a estrategias como la consistente en *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones (en especial, por teléfono). Aquí decidimos diversificar a los encuestadores haciendo un empleo metódico de la estrategia a la que recurrió William Labov en su estudio del habla negra de Harlem: para neutralizar el efecto de imposición de la lengua legítima, pidió a jóvenes negros que realizaran la encuesta lingüística; del mismo modo, todas las veces que fue posible nosotros intentamos neutralizar uno de los principales factores de distorsión de la relación de encuesta capacitando en las técnicas de ésta a personas que podían tener acceso con familiaridad a categorías de encuestados que deseábamos cubrir.

Cuando un joven físico interroga a otro joven físico (o un actor a otro actor, un desocupado a otro desocupado, etcétera) con el que comparte la casi totalidad de las características capaces de funcionar como grandes factores explicativos de sus prácticas y representaciones y al cual está unido por una relación de profunda familiaridad, sus preguntas se originan en sus disposiciones, objetivamente armonizadas con las del encuestado; no hay razón alguna para que, las más brutalmente objetivantes de esas preguntas se manifiesten como amenazantes o agresivas, porque su interlocu-

3. Los signos de *feed-back* que E. A. Schegloff llama *respuestas distintas* [tokens], los "Sí", "Ah, bueno", "Desde luego", "Oh", y también los cabeceos aprobadores, las miradas, las sonrisas y los *information receipts*, signos corporales o verbales de atención, interés, aprobación, aliento, reconocimiento, son la condición de la adecuada continuación del intercambio (a tal punto que un momento de desatención, de distracción de la mirada, a menudo bastan para suscitar en el encuestado una especie de molestia que le hace perder el hilo de su discurso): colocados en el momento oportuno, aseguran la participación intelectual y afectiva del encuestador.

tor sabe perfectamente que comparte con él lo esencial de lo que lo llevan a transmitir y, al mismo tiempo, los riesgos a los que se expone al transmitirlo. Y el interrogador tampoco puede olvidar que al objetivar al interrogado se objetiva a sí mismo, como lo testimonian las correcciones que introduce en tales o cuales de sus preguntas, pasando del *tú* objetivante al *se* o *uno* [on] que remite a un colectivo impersonal, y luego al *nosotros*, en el que afirma claramente que la objetivación también lo incluye: "Es decir que todos los estudios que *tú* has hecho, que *uno* hace, *nos* inclinan más bien a que *nos* guste la teoría". Y la proximidad social con la persona interrogada es, sin duda, lo que explica la impresión de desasosiego que dijeron que habían experimentado casi todos los interrogadores que estaban situados en una relación semejante, a veces a lo largo de toda la entrevista, y otras, a partir de un momento preciso del análisis: en todos estos casos, en efecto, el interrogatorio tiende naturalmente a convertirse en un socioanálisis de a dos, en el cual el analista está atrapado y puesto a prueba en la misma medida que la persona a la que interroga.

Pero la analogía con la estrategia empleada por Labov no es perfecta: no se trata únicamente de recoger un "discurso natural" lo menos afectado posible por el efecto de la asimetría cultural; también hay que construirlo científicamente, de manera tal que transmita los elementos necesarios para su propia explicación. Como resultado de ello, las exigencias impuestas a los encuestadores ocasionales aumentan considerablemente, y aunque con cada uno de ellos se hayan realizado entrevistas previas, destinadas a recoger toda la información de que disponían sobre el encuestado y a definir las grandes líneas de una estrategia de interrogatorio, hubo que excluir de la publicación una buena cantidad de las encuestas efectuadas en esas condiciones: transmitían poco más que datos sociolingüísticos incapaces de proporcionar los instrumentos de su propia interpretación.⁴

A los casos en que el sociólogo, en cierta forma, logra darse un sustituto, se añaden las relaciones de encuesta en las que puede superar parcialmente la distancia social gracias a las relaciones de familiaridad que lo unen al encuestado y a la franqueza social, favorable al hablar claro, que asegura la existencia de diversos lazos de solidaridad secundaria capaces de dar garantías indiscutibles de comprensión bien predispuesta: las relaciones de familia o las amistades de infancia o, según ciertas encuestadoras, la complicidad entre mujeres, permitieron en más de un caso superar los obstáculos vinculados a las diferencias entre las condiciones y, en particular, el temor al desprecio de clase que, cuando se percibe al sociólogo como socialmente superior, a menudo refuerza el miedo —muy general, si no universal— a la objetivación.

Un ejercicio espiritual

Pero los mecanismos y subterfugios que pudimos imaginar para reducir la distancia tienen sus límites. Aunque la transcripción permita advertir el ritmo, el *tempo* de la oralidad, basta con leer algunas entrevistas para ver todo lo que separa los discursos arrancados fragmento por fragmento de los encuestados más alejados de la situación de encuesta con respecto a los de quienes están algo así

4.

Una de las grandes razones de esos fracasos reside sin duda en el perfecto acuerdo entre el interrogador y el interrogado, que permite la actuación con toda libertad de la tendencia de los encuestados a decirlo tal como la mayoría de los testimonios y documentos históricos, salvo lo que es evidente, lo que no hace falta decir (por ejemplo, una actriz, en caso de dirigirse a un actor, puede omitir toda una serie de presupuestos referidos a las jerarquías entre los géneros y los directores, y también las oposiciones constitutivas del campo teatral en determinado momento). Así, pues, todo interrogatorio se sitúa entre dos límites que sin duda jamás se alcanzan: la coincidencia total entre el encuestador y el encuestado, en la que nada podría decirse porque, al no cuestionarse nada, no haría falta decirlo, y la divergencia total, en que la comprensión y la confianza resultarían imposibles.

como adaptados de antemano (a veces, demasiado bien) a lo solicitado, al menos tal como ellos lo conciben. Éstos dominan tan perfectamente la situación que en algunas oportunidades logran imponer al encuestador su definición del juego.

Cuando no hay nada que neutralice o suspenda los efectos sociales de la asimetría ligada a la distancia social, lo único que cabe esperar son palabras marcadas lo menos posible por los efectos de la situación de encuesta, al precio de un incesante trabajo de construcción. Paradójicamente, ese trabajo está destinado a ser tanto más invisible cuanto más éxito tenga y lleve a un intercambio provisto de todas las apariencias de lo "natural" (entendido como lo que sucede habitualmente en los intercambios corrientes de la existencia cotidiana).

El sociólogo puede conseguir que el encuestado que se halla socialmente más alejado de él se sienta legitimado a ser lo que es si sabe manifestarle, por el tono y sobre todo por el contenido de sus preguntas, que, sin fingir anular la distancia social que los separa (a diferencia de la visión populista, que tiene como punto ciego su propio punto de vista), es capaz de *ponerse mentalmente en su lugar*.

Intentar situarse mentalmente en el lugar que el encuestado ocupa en el espacio social para *necesitarlo* interrogándolo a partir de ese punto, y *ponerse*, en cierta forma, de su *lado* (en el sentido en que Francis Ponge hablaba de "ponerse del lado de las cosas"), no es efectuar la "proyección de sí mismo en el otro" de la que hablan los fenomenólogos. Es darse una *comprensión genérica y genética* de lo que él es, fundada en el dominio (teórico o práctico) de las condiciones sociales que lo producen: dominio de las condiciones de existencia y de los mecanismos sociales cuyos efectos se ejercen sobre el conjunto de la categoría de la que forma parte (la de los liceístas, los obreros calificados, los magistrados, etcétera) y dominio de los condicionamientos inseparablemente psíquicos y sociales vinculados a su posición y su trayectoria particulares en el espacio social. Contra la antigua distinción de Dilthey, hay que plantear que *comprender y explicar son una sola cosa*.

Esta comprensión no se reduce a un estado de ánimo benevolente. Se ejerce en la manera a la vez comprensible, tranquilizadora e incitante de presentar la entrevista y dirigirla, de hacer que el interrogatorio y la situación misma tengan un sentido para el entrevistado, y también –y sobre todo– en la problemática propuesta: ésta, como las probables respuestas que suscita, se deduce de una representación verificada de las condiciones en que se sitúa el encuestado y de las que lo producen. Vale decir que el encuestador sólo tiene alguna posibilidad de estar verdaderamente a la altura de su objeto si posee a su respecto un inmenso saber, adquirido, a veces, a lo largo de toda una vida de investigación y también, más directamente, durante las entrevistas anteriores con el encuestado mismo o con informantes. La mayoría de las entrevistas publicadas representan un momento, sin duda privilegiado, en una larga sucesión de intercambios, y no tienen nada en común con los encuentros puntuales, arbitrarios y ocasionales, de las encuestas realizadas a los apurones por encuestadores desprovistos de toda competencia específica.

Aun cuando no se manifieste sino de manera completamente negativa, en especial inspirando las precauciones y deferencias que deciden al encuestado a confiar y entrar en el juego o excluyendo las preguntas forzadas o fuera de lugar, esta información previa es lo que permite improvisar constantemente las preguntas pertinentes, verdaderas *hipótesis* que se apoyan sobre una representación intuitiva y provisional de la fórmula generadora propia del encuestado, para incitarla a develarse más completamente.⁵

5.

En este aspecto, como en todos los demás, es indudable que nos haríamos comprender mejor si pudiéramos dar ejemplos de los errores más típicos, que casi siempre tienen su origen en la inconsciencia y la ignorancia. Es inevitable que algunas

Aunque pueda procurar el equivalente teórico del conocimiento práctico asociado a la proximidad y la familiaridad, el conocimiento previo más profundo seguirá siendo incapaz de llevar a una verdadera comprensión si no va a la par con una atención al otro y una apertura oblativa que contadas veces se encuentran en la existencia corriente. En efecto, todo nos inclina a otorgar a las palabras más o menos ritualizadas sobre las miserias más o menos comunes una atención casi tan vacía y formal como el ritual "¿Cómo le va?" que las desencadena. Todos hemos oído esos relatos de conflictos de sucesión o vecindad, de dificultades escolares o rivalidades de oficina que captamos a través de categorías de la percepción que, al reducir lo personal a lo impersonal, el drama singular al hecho misceláneo, permiten una especie de economía de pensamiento, interés, afecto; en suma, de comprensión. Y en el momento mismo en que se movilizan todos los recursos de la vigilancia profesional y la simpatía personal, nos cuesta arrancarnos del adormecimiento de la atención que favorece la ilusión de lo ya visto y ya escuchado, para entrar en la singularidad de la historia de una vida e intentar comprender, a la vez en su unicidad y su generalidad, los dramas de una existencia. La semicomprensión inmediata de la mirada distraída y trivializante desalienta el esfuerzo que hay que realizar para desgarrar la pantalla de las palabras comunes en las que cada uno de nosotros vive y expresa tanto sus pequeñas miserias como sus mayores desdichas. Es que el "uno" ["*on*"], filosóficamente estigmatizado y literariamente poco considerado, que todos sentimos la tentación de usar, con sus medios desesperadamente "inauténticos", sin duda es lo más difícil de escuchar para los "yo" ["*je*"] que, por la más común de las reivindicaciones de singularidad, creemos ser.

Así, a riesgo de ser chocante tanto para los metodólogos rigurosos como para los hermeneutas inspirados, yo diría de buen grado que la entrevista puede considerarse como una forma de *ejercicio espiritual* que apunta a obtener, mediante *el olvido de sí mismo*, una verdadera *conversión de la mirada* que dirigimos a los otros en las circunstancias corrientes de la vida.⁶ El talante acogedor, que inclina a hacer propios los problemas del encuestado, a la aptitud para tomarlo y comprenderlo tal como es, en su necesidad singular, es una especie de *amor intelectual*: una mirada que consiente en la necesidad, a la manera del "amor intelectual a Dios", es decir, al orden natural, que Spinoza consideraba la forma suprema de conocimiento.

La resistencia a la objetivación

No habría que creer que, gracias a la sola virtud de la reflexividad, el sociólogo pueda alguna vez controlar por completo los efectos –siempre extremadamente complejos y múltiples– de la relación de encuesta, porque los encuestados también pueden jugar con ella, consciente o inconscientemente, para intentar imponer su definición de la situación y volcar en su provecho un intercambio entre cuyas apuestas se cuenta la imagen que tienen de sí, y que quieren dar y darse a sí mismos. Esto tiene lugar en una situación en la que, al evocar –como los incita el objeto de la encuesta– "lo que no camina" en

de las virtudes de un interrogatorio atento a sus propios efectos pasen inadvertidas, porque se manifiestan sobre todo en ausencias. De ahí el interés de los interrogatorios burocráticos que se analizarán más adelante (p. 545): verdaderos exámenes de arte de vivir en los que el encuestador, encerrado en sus presupuestos institucionales y sus certezas éticas, mide la capacidad de los encuestados para adoptar la conducta "conveniente", ponen de relieve, en contraste, todas las preguntas que el respectivo encuestado en el conocimiento previo lleva a excluir porque son incompatibles con una representación adecuada de la situación de la persona interrogada o de la filosofía de la acción que compromete en su práctica.

6.

Podríamos citar aquí a Epicteto o Marco Aurelio cuando evocan el talante que lleva a acoger con benevolencia todo lo que depende de la causa universal, *asentimiento (práthesis) gozoso* con respecto al mundo natural.

sus vidas, se exponen a todas las presunciones negativas que recaen sobre los males y la desdicha mientras no saben deslizar en las formas legítimas de expresión de las miserias genuinas: las que proporcionan la política, el derecho, la psicología y la literatura. Así, por ejemplo, en muchas entrevistas (particularmente con miembros del Frente Nacional) la relación social entre el encuestado y el encuestador produce un efecto de censura muy poderoso, redoblado por la presencia del grabador: sin duda es eso lo que hace inconcesables ciertas opiniones (salvo en contados instantes o por lapsus). Algunas entrevistas exhiben numerosas huellas del trabajo que hace el encuestado para dominar las coacciones inscriptas en la situación, mostrando que es capaz de tomar en sus manos su propia objetivación y adoptar sobre sí mismo el punto de vista reflexivo cuyo proyecto está inscripto en la intención misma de la encuesta.

Una de las maneras más sutiles de resistir a la objetivación es, así, la de los encuestados que, al jugar con su proximidad social con el encuestador, intentan, más inconsciente que conscientemente, protegerse de él prestándose supuestamente al juego e intentando imponer, no siempre a sabiendas, una apariencia de autoanálisis. Pese a lo que pueda parecer, nada está más alejado de la objetivación participante —en la que el encuestador asiste al encuestado en un esfuerzo, doloroso y gratificante a la vez, por destacar los determinantes sociales de sus opiniones y prácticas en lo que pueden tener de más difícil de confesar y asumir— que la falsa objetivación complaciente, desmistificación a medias y por ello doblemente mistificadora, que procura todos los placeres de la lucidez sin poner en cuestión nada esencial.

Mencionaré un solo ejemplo: "Hay una especie de malestar que hace que no sepa adónde meterme [...] , socialmente ya no sé muy bien dónde estoy... A lo mejor es a nivel del reconocimiento del otro [...]. Me doy cuenta de que en función de la posición social que ocupas, el otro te dirige una mirada completamente diferente, y la verdad es que es bastante perturbador. No me resultaba fácil tener varios *status* sociales, a veces no conseguía sentirme bien en ellos, sobre todo a través de la mirada de los otros", etcétera, etcétera.

Puede suceder que palabras semejantes, que sobre una confesión aparente aplican la apariencia de una explicación, provoquen que el encuestador se reconozca en ellas porque están construidas de acuerdo con instrumentos de pensamiento y formas de expresión cercanos a los suyos, una especie de narcisismo intelectual que puede combinarse con el deslumbramiento populista o disimularse en él.

Así, cuando la hija de un inmigrante evoca, con mucha desventura, las dificultades de su vida desgarrada ante un encuestador que puede encontrar en algunas de sus palabras ciertos aspectos de su experiencia de la situación de inestabilidad, ella, paradójicamente, logra hacer olvidar el principio de la muy estilizada visión que propone de su existencia, es decir, los estudios de letras que realiza y que le permiten ofrecer a su interlocutor una doble gratificación: la de un discurso lo más próximo posible a la idea que él se hace de una categoría desaventajada y la de una realización formal que suprime todo obstáculo ligado a la diferencia social y cultural. Habría que citar aquí todo; tanto las preguntas como las respuestas:

ENCUESTADOR: *La toma de conciencia se produjo cuando llegaste a Francia. ¿Pero toma de conciencia de qué, exactamente?*

ENCUESTADA: *Toma de conciencia de lo real, en el sentido de que para mí es ahí donde las cosas van a empezar a delinarse. Vivo realmente la separación de mis padres. Tiene sentido para mí, en realidad, a partir del momento en que paso del período en que viví con ellos allá, en fin, con mi madre y su familia [en Marruecos, donde la madre se quedó después de la separación], a aquí, cuando descubro finalmente a mi padre. Es la primera vez que vivimos verdaderamente juntos. Incluso cuando estaba casado con mi madre su vida social la tenía aquí [en Francia], así que se veían poco y lo veíamos poco. Tuve la impresión de que era alguien al que descubriría verdaderamente por primera vez [...]. Entraba en mi vida a partir*

del momento en que íbamos a vivir juntos. Así que, con la toma de conciencia por ese lado, la separación cobra sentido. Una se da cuenta de que nunca vivió con el padre que tiene. [...] Y además, también toma de conciencia de otro paisaje. Ya no es el mismo espacio-tiempo [...]. Sabes que pasas de tu madre a tu padre. Eso también te excita un poco, en cierta manera, pero la realidad, de hecho, viene poco a poco a colorear y dar origen a lo que pasó. Entonces ya no es el mismo paisaje, la misma gente; ya no es el mismo espacio-tiempo. En mi caso, entro en un período bastante vago a partir del momento en que, si quieres, en lo sucesivo habrá que tender un puente entre dos mundos que, para mí, están radicalmente separados. Me quedé un poco en eso, en esa separación, que supera por lejos la separación padre-madre. [Un poco más adelante.] De hecho, tengo la impresión de estar anclada en algo. Y que lo que se plantea ahora es si voy a seguir ahí o voy a tratar de salir totalmente. Con franqueza, mucho no lo creo. Así que seguramente siempre estaré a medio camino. La verdad es que no me interesa ser así o así. Ganas de mantener esa especie de corriente de aire, un hueco. No sé.

Como vemos, la entrevista se convierte en un monólogo en el que la misma encuestada plantea las preguntas y responde abundantemente, sin darse respiro, con lo que impone al encuestador (quien, sin lugar a dudas, no pide algo mejor) no sólo su problemática, sino su estilo ("¿Aquí te sientes desnaturalizada?", o bien "¿Cuál es tu mayor insatisfacción?") y excluye de *facto* todo interrogatorio sobre datos objetivos de su trayectoria, al margen de los que entran en el proyecto de autorretrato tal como ella pretende efectuarlo.

En esta relación de intercambio, cada uno engaña un poco al otro engañándose a sí mismo: el encuestador se aferra a la "autenticidad" del testimonio de la encuestada porque cree haber descubierto una palabra en bruto, densa, inviolada, que otros no supieron ver o suscitar (ciertas formas más o menos estilizadas del discurso campesino u obrero pueden ejercer una seducción parecida); la encuestada finge ser el personaje que se espera en este encuentro, la inmigrante, y se asegura así, sin tener que reivindicarlo abiertamente, el reconocimiento del valor literario de su palabra, a la vez testimonio sincero de desgarramiento interior y búsqueda de la salvación por la forma estilística.*

* Si esta lógica del doble juego en la confirmación recíproca de las identidades halla un terreno particularmente favorable en el cara a cara de la relación de encuesta, no está en acción únicamente en las entrevistas "malogradas" (bastante numerosas) que tuvimos que eliminar; podría citar obras que me parece que lo ilustran perfectamente, como cierta novela reciente de Nina Bouraoui (*La voyageuse interdite*, París, Gallimard, 1990) y, más en general, algunas nuevas formas de la literatura populista que, con la apariencia de acumularlas, eluden las exigencias del testimonio auténticamente sociológico y las de la novela auténticamente literaria, porque tienen por punto ciego su propio punto de vista. Pero el ejemplo por excelencia me parece la novela de David Lodge, *Small World* (Nueva York, Warner Books, 1984) [traducción francesa, *Un tout petit monde*, París, Rivages, 1991; traducción castellana, *El mundo es un pañuelo*, Barcelona, Anagrama, 1998], desmistificación mistificadora que exhibe todos los lugares comunes de la representación complaciente, falsamente lúcida y verdaderamente narcisista, que a los universitarios les gusta dar(se) de sí mismos y de su universo, y que, lógicamente, conoció un inmenso éxito en los medios de éstos y, más en general, en los que tienen un barniz de estudios universitarios.

Sin duda, lo esencial de las "condiciones de felicidad" de la entrevista permanece inadvertido. Al ofrecerle una situación de comunicación completamente excepcional, liberada de las restricciones, en particular temporales, que pesan sobre la mayoría de los intercambios cotidianos, y darle acceso a alternativas que lo incitan o autorizan a expresar malestares, faltas o demandas que descubre al expresarlas, el encuestador contribuye a crear las condiciones de aparición de un discurso extraordinario, que podría no haberse enunciado jamás y que, sin embargo, ya estaba ahí, a la espera

de sus condiciones de actualización.⁷ Aunque sin duda no perciben conscientemente todos los signos de esta disponibilidad (que exige, desde ya, un poco más que una simple conversión intelectual), ciertos encuestados, sobre todo los que se cuentan entre los más indigentes, parecen aprovechar esta situación como una oportunidad excepcional que se les brinda para testimoniar. Hacerse oír, llevar su experiencia de la esfera privada a la esfera pública; una oportunidad también de *explicarse*, en el sentido más completo del término, vale decir, de construir su propio punto de vista sobre sí mismos y el mundo y poner de relieve, dentro de éste, el punto a partir del cual se ven y ven el mundo, se vuelven comprensibles y se justifican, en principio para sí mismos.⁸ Incluso puede suceder que, lejos de ser simples instrumentos en las manos del encuestador, dirijan en cierto modo la entrevista y que la densidad e intensidad de su discurso, así como la impresión que a menudo dan de experimentar una especie de alivio, e incluso de realización, evoquen en ellos la *dicha de expresión*.

Es indudable que puede hablarse entonces de *autoanálisis provocado y acompañado*: en más de un caso, tuvimos la sensación de que la persona interrogada aprovechaba la oportunidad de interrogarse a sí misma que se le brindaba y la licitación o la solicitud que le aseguraban nuestras preguntas o nuestras sugerencias (siempre abiertas y múltiples, y con frecuencia reducidas a una espera silenciosa) para efectuar un trabajo de explicitación, gratificante y doloroso a la vez, y enunciar, a veces con una extraordinaria *intensidad expresiva*, experiencias y reflexiones reservadas o reprimidas durante largo tiempo.

- Una construcción realista

Aunque pueda vivirse como tal, el acuerdo que entonces se concertó entre las previsiones y deferencias del encuestador, por una parte, y las expectativas del encuestado, por otra, no tiene nada de milagroso. El verdadero sometimiento a lo dado supone un acto de construcción fundado en el dominio práctico de la lógica social según la cual se construye ese dado. Así, por ejemplo, sólo puede entenderse realmente lo que se dice en la conversación, en apariencia completamente trivial, entre tres liceístas si —evitando reducir a las tres adolescentes a los nombres de pila que las designan, como en tantas sociologías de grabador— se sabe leer, en sus palabras, la conformación de las relaciones objetivas, presentes y pasadas, entre su trayectoria y la estructura de los establecimientos escolares a los que concurrieron y, con ello, toda la constitución y la historia del sistema de enseñanza que allí se expresa: contrariamente a lo que podría hacer creer una visión ingenuamente personalista de la singularidad de las personas sociales, la puesta de relieve de las estructuras inmanentes en las palabras coyunturales pronunciadas en una interacción puntual es lo único que permite volver a captar lo esencial de lo que constituye la *idiosincrasia* de cada una de las jóvenes y toda la complejidad singular de sus acciones y reacciones.

El análisis de la conversación, así entendido,⁹ lee en los discursos no sólo la estructura coyun-

7.

El trabajo "socrático" de ayuda a la explicitación apunta a proponer sin imponer, a formular sugerencias, a veces explícitamente presentadas como tales ("Lo que usted quiere decir no es que...") y destinadas a brindar prolongaciones múltiples y abiertas a las palabras del encuestado, a sus vacilaciones o a sus búsquedas de expresión.

8.

De tal modo, observé en varias ocasiones que el encuestado repeta con visible satisfacción la palabra o la frase que lo había clarificado con respecto a sí mismo, es decir, con respecto a su posición (como el término "insuble", que emplea para designar la posición crítica de un encuestado en la jerarquía de su institución y que, por sus connotaciones, evocaba con precisión las extremas tensiones que lo atraviesaban).

9.

Es decir, en un sentido muy diferente del que se le da cuando se toma por objeto la manera de manejar la conversación, por

tural de la interacción como mercado, sino también las estructuras invisibles que la organizan, vale decir, en este caso en particular, la del espacio social en que las tres jóvenes se sitúan desde el origen, y la del espacio escolar dentro del cual recorrieron trayectorias diferentes que, aunque pertenezcan al pasado, siguen orientando su visión de ese pasado y de su futuro educativo, y también de sí mismas en lo que tienen de más singular.¹⁰

Así, contra la ilusión consistente en buscar la neutralidad en la anulación del observador, hay que admitir que, paradójicamente, la única "espontaneidad" es la construida, pero mediante una *construcción realista*. Para darlo a entender —o, al menos, hacerlo sentir—, mencionaré una anécdota en la que se verá que la investigación puede poner de manifiesto las realidades que pretende registrar únicamente cuando se apoya sobre un conocimiento previo de esas realidades. En la encuesta que realizamos acerca del problema de la vivienda, para escapar a la irrealdad abstracta de las cuestiones de preferencia, especialmente en materia de compra o alquiler, se me había ocurrido pedir a los encuestados que enumeraran sus residencias sucesivas, las condiciones en que habían tenido acceso a ellas, las razones y causas que los habían decidido a elegir las o dejarlas, las modificaciones que les habían efectuado, etcétera. Así concebidas, las entrevistas se habían desarrollado, en nuestra opinión, de manera extremadamente "natural", y suscitaban testimonios de una sinceridad inesperada.

Ahora bien, tiempo después oí en el metro, absolutamente por casualidad, una conversación entre dos mujeres de unos 40 años: una de ellas, instalada recientemente en un nuevo departamento, relataba la historia de sus viviendas sucesivas, y su interlocutora se comportaba exactamente como si siguiera la regla que nos habíamos prescripto para efectuar nuestras entrevistas. Ésta es la transcripción que hice de memoria muy poco después: "—Es la primera vez que me instalo en un departamento nuevo. Está verdaderamente bien... —La primera vivienda que tuve en París estaba en la rue Brancion, era antigua y no la habían remodelado desde la guerra de 1914. Había que reconstruir todo, pero estaba todo patas para arriba. Y además los techos estaban tan ennegrecidos que no pudimos recuperarlos. —Claro, es mucho trabajo... —Antes, con mis padres, habíamos vivido en una casa sin agua. Con dos hijos, era fantástico tener un baño. —En lo de mis padres era igual. Pero sin embargo no estábamos sucios. Dicho esto, es tanto más fácil... —Después estuvimos en Créteil. Era un edificio moderno, pero que ya tenía unos 15 años...". El relato continuó así, con toda naturalidad, entrecortado por intervenciones destinadas, sencillamente, a "acusar recibo", por la mera repetición en el modo afirmativo o interrogativo de la última frase pronunciada, o bien a manifestar interés o afirmar la identidad de los puntos de vista ("Es duro cuando uno trabaja todo el día parado..." o "En lo de mis padres era igual..."); esta participación, mediante la cual uno se mete en la conversación y compromete así a su interlocutor a hacer lo mismo, es lo que distingue con mayor claridad la conversación corriente, o la entrevista tal como nosotros la realizamos, de la entrevista en la que el encuestador, deseoso de neutralidad, se prohíbe todo compromiso personal.

Todo opone esta forma de mayéutica a la imposición de problemáticas que, con una ilusión de "neutralidad", efectúan numerosas encuestas mediante sondeos, cuyas preguntas forzadas y

ejemplo, las estrategias de apertura y cierre, *hacen una abstracción* de las características sociales y culturales de los participantes

10.

Habría podido citar igualmente la entrevista con un joven liceísta, hijo de inmigrante, que es una exemplificación, en el sentido que le da Goodman, del análisis de las transformaciones del sistema de enseñanza que condujo a la multiplicación de los *excluidos del interior*: la encuesta en cuestión era una "muestra" perfecta, siempre en los términos de Goodman, de esta nueva categoría de liceístas.

artificiales producen íntegramente los artificios que creen registrar –sin hablar de esas entrevistas televisivas que arrancan a los entrevistados palabras directamente originadas en las que la televisión pronuncia al respecto–.¹¹ Primera diferencia, la conciencia del peligro, fundada en el conocimiento de la labilidad de lo que se denomina opiniones: las disposiciones profundas son accesibles a varias formas de expresión y pueden reconocerse en formulaciones preconstituidas (las respuestas preestablecidas del cuestionario cerrado o las palabras prefabricadas de la política) relativamente diferentes. Lo que significa que nada es más fácil de efectuar y, en cierto sentido, más “natural”, que la imposición de problemáticas: prueba de ello, las *tergiversaciones de la opinión* que operan con tanta frecuencia, y con toda la inocencia de la inconsciencia, en los sondeos de opinión (así predispuestos a servir de instrumentos de una demagogia racional) y también, más en general, los demagogos de todas las convicciones, constantemente atareados en ratificar las expectativas aparentes de individuos que no siempre tienen los medios de identificar sus verdaderas carencias.¹² El efecto de imposición que se ejerce con el pretexto de la “neutralidad” es tanto más pernicioso cuanto que la publicación de las opiniones así atribuidas contribuye a imponerlas y a garantizarles una existencia social, lo que brinda a los encargados de los sondeos la apariencia de una convalidación apta para reforzar su credibilidad y su crédito.

Se advierte el fortalecimiento que la representación empirista de la ciencia puede hallar en el hecho de que el conocimiento riguroso suponga casi siempre una ruptura más o menos clamorosa, y siempre expuesta a parecer el efecto de una petición de principios o una idea preconcebida, con las evidencias del sentido común, habitualmente identificadas con el buen sentido. En efecto, basta con abandonarse, abstenerse de toda intervención, de toda construcción, para caer en el error: se deja entonces el campo libre a las preconstrucciones o al efecto automático de los mecanismos sociales que están en acción hasta en las operaciones científicas más elementales (concepción y formulación de las preguntas, definición de las categorías de codificación, etcétera). Únicamente al precio de una denuncia activa de los presupuestos tácitos del sentido común se pueden contrarrestar los efectos de todas las representaciones de la realidad social a las que los encuestados y los encuestadores están continuamente expuestos. Aludo en particular a las producidas por la prensa, escrita y sobre todo televisiva, que se imponen a veces a los más indigentes como enunciados prefabricados de lo que ellos consideran que es su experiencia propia.

Los agentes sociales no tienen la ciencia infusa de lo que son y lo que hacen; más precisamente, no tienen necesariamente acceso al origen de su descontento o su malestar, y las declaraciones más espontáneas pueden, sin intención alguna de disimulo, expresar algo muy distinto de lo que en apariencia dicen. La sociología (y es lo que la distingue de la ciencia sin sabios de los sondeos de opinión) sabe que debe darse los medios de poner en cuestión, y en primer lugar en su cuestionamiento mismo, todas las preconstrucciones, todos los presupuestos que habitan tanto al encuestador como a los encuestados y que hacen que a menudo la relación de encuesta sólo se establezca sobre la base de un acuerdo de los inconscientes.¹³

11. Creo necesario recordar aquí unos análisis que en otros lugares desarrollé de manera más sistemática (cf. en especial *Questions de sociologie*, París, Minuit, 1981, pp. 222-250).

12. Estas reflexiones están particularmente destinadas a quienes sostienen que la crítica de los sondeos es una crítica de la democracia.

13. Mediante el análisis detallado de las respuestas a un sondeo sobre los políticos (Giscard, Chirac, Marchais, etcétera) concebido con el modelo del juego chino (si fuera un árbol, un animal, etcétera), demostré que los encuestados, sin saberlo, aplicaban

También sabe que las opiniones más espontáneas –y por lo tanto, al parecer, las más auténticas– con que se contentan el encuestador presionado de los institutos de sondeo y sus mandantes, pueden obedecer a una lógica muy cercana a la que pone de relieve el psicoanálisis. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la hostilidad a priori hacia los extranjeros, que se encuentra a veces en agricultores o pequeños comerciantes que carecen de toda experiencia directa con inmigrantes: sólo es posible atravesar las apariencias de la opacidad y el absurdo que opone a la interpretación comprensiva si se advierte que, por una especie de *desplazamiento*, ofrece una solución a las contradicciones propias de esa suerte de capitalistas con ingresos de proletarios y a su experiencia con el Estado, tenido por responsable de una redistribución inaceptable. Los fundamentos reales del descontento y la insatisfacción así expresados, en formas tergiversadas, no pueden tener acceso a la conciencia –es decir, al discurso explícito– más que a costa de un trabajo que apunte a sacar a la superficie esas cosas enterradas en quienes las viven, que no las conocen y, a la vez y en otro sentido, las conocen mejor que nadie.

El sociólogo puede ayudarlos en ese trabajo a la manera de un partero, siempre que posea un conocimiento profundo de las condiciones de existencia que los producen y de los efectos sociales que pueden ejercer la relación de encuesta y, a través de ella, su posición y sus disposiciones primarias. Pero el deseo de descubrir la verdad, que es constitutivo de la intención científica, queda totalmente desprovisto de eficacia práctica si no se lo actualiza en la forma de un “oficio”, producto incorporado de todas las investigaciones anteriores que no tiene nada de un saber abstracto y puramente intelectual: se trata de una verdadera “disposición para perseguir la verdad” (*béxis tou aletbéuein*, como dice Aristóteles en la *Metafísica*), que predispone a improvisar sobre la marcha, en la urgencia de la situación de entrevista, las estrategias de presentación de sí mismo y las réplicas adaptadas, las aprobaciones y las preguntas oportunas, etcétera, a fin de ayudar al encuestado a dar libre curso a su verdad o, mejor, a liberarse de ella.¹⁴

Los riesgos de la escritura

Es la misma disposición la que está en acción en el trabajo de construcción al que se somete la entrevista grabada, lo que permitirá examinar más rápidamente los procedimientos de transcripción y análisis. Resulta claro, en efecto, que la puesta por escrito más literal (la mera puntuación –por ejemplo, la colocación de una coma– puede afectar todo el sentido de una frase) es ya una verdadera *traducción*, e incluso una interpretación. Con mayor razón la que se propone aquí: al romper con

en sus respuestas esquemas clasificatorios (fuerte/débil, rígido/flexible, noble/inoble, etcétera) de los que también los autores del cuestionario, *igualmente sin saberlo*, se habían valido en sus preguntas: la inanidad de los comentarios que éstos aportaron a los cuadros estadísticos publicados era una prueba que testimoniaba su perfecta incompreensión de los datos que ellos mismos habían producido y, *a fortiori*, de la operación misma mediante la cual los habían elaborado (cf. P. Bourdieu, *La Distinction*, París, Minuit, 1979, pp. 625-640 [traducción castellana: *La distinción. Análisis social del criterio selectivo*, Madrid, Taurus, 1991]).

14. No corresponde analizar aquí todas las paradojas del *habitus* científico que supone por un lado un trabajo apuntado a hacer conscientes las disposiciones primarias socialmente constituidas con vistas a neutralizarlas y desarraigarlas (o, mejor, a “desincorporarlas”) y, por el otro, un trabajo –y un *entrenamiento*– orientado a incorporarlas y por lo tanto a hacer casi “inconscientes”, los principios conscientemente definidos de los diferentes métodos así puestos *prácticamente a disposición*. La oposición entre los “conocimientos” conscientes y los “conocimientos” inconscientes a la que recurrimos aquí por las necesidades de la transmisión es, de hecho, completamente artificial y falaz: en realidad, los principios de la práctica científica pueden estar presentes en la conciencia –en grados diferentes, según los momentos y los “niveles” de práctica– y a la vez funcionar en estado práctico, en la forma de disposiciones incorporadas.

la ilusión espontaneísta del discurso que "habla de sí mismo", juega deliberadamente con la *pragmática de la escritura* (en especial, mediante la introducción de títulos y subtítulos contruidos con frases tomadas de la entrevista) para orientar la atención del lector hacia los rasgos sociológicos pertinentes que la percepción desarmada o distraída dejaría escapar.

El acta del discurso obtenido que produce el autor de la transcripción se somete a dos series de coacciones a menudo difíciles de conciliar: las de la fidelidad a todo lo manifestado durante la entrevista, que no se reduce a lo que realmente se registró en la cinta magnética, llevarían a intentar restituir al discurso todo lo que el paso al escrito y las herramientas de la puntuación, muy débiles y pobres, tienden a quitarle, y que con mucha frecuencia constituye todo su sentido e interés; pero las de la legibilidad, que se definen en relación con potenciales destinatarios que poseen expectativas y capacidades muy diversas, prohíben la publicación de una transcripción fonética provista de las notas necesarias para restituir todo lo perdido en el paso de la oralidad a la escritura, es decir, la voz, la pronunciación (en especial, en sus variaciones socialmente significativas), la entonación, el ritmo (cada entrevista tiene su *tempo* particular, que no es el de la lectura), el lenguaje de los gestos, la mímica y toda la postura corporal, etcétera.¹⁵

Así, transcribir es necesariamente escribir, en el sentido de reescribir:¹⁶ como el paso de la escritura a la oralidad que opera el teatro, el paso inverso impone, con el cambio de soporte, ciertas infidelidades que son, sin duda, la condición de una verdadera fidelidad. Las antinomias bien conocidas de la literatura popular están ahí para recordar que transmitir tales o cuales palabras no es dar realmente la palabra a quienes habitualmente no la tienen. Están los tropiezos, las reiteraciones, las frases interrumpidas y prolongadas por gestos, miradas, suspiros o exclamaciones; están las digresiones laboriosas, las ambigüedades que la transcripción rompe inevitablemente, las referencias a situaciones concretas, sucesos vinculados a la historia singular de una ciudad, una fábrica o una familia, etcétera (y que el locutor evoca con tanta más naturalidad cuanto más conocido es su interlocutor, que, por ende, está más familiarizado con todo su ambiente).

Así, pues, en nombre del respeto debido al autor, en ocasiones tuvimos que decidir, paradójicamente, aligerar el texto de algunas elaboraciones parásitas, ciertas frases confusas, rípios o muletillas (los "bueno" y los "eh") que, aunque den su coloración particular al discurso oral y cumplan una función eminente en la comunicación, ya que permiten sostener una conversación que pierde el aliento o tomar al interlocutor como testigo, enturbian y embrollan la transcripción hasta tal punto que, en ciertos casos, la hacen totalmente ilegible para quien no haya escuchado el discurso original. Del mismo modo, nos autorizamos a aligerarla de todas las declaraciones puramente informativas (sobre el origen social, los estudios, la profesión, etcétera), siempre que esos

15.

Se sabe, por ejemplo, que la rima, que a menudo nace de una desconexión voluntaria entre la simbólica corporal y la simbólica verbal, o entre diferentes niveles de la enunciación verbal, casi inevitablemente se pierde en la transcripción. Ocurre lo mismo con las ambigüedades, los dobles sentidos, las incertidumbres y la vaguedad, tan característicos del lenguaje oral, que la escritura rompe casi ineludiblemente, en especial debido al efecto de la puntuación. Pero está también toda la información que se inscribe en los nombres propios, inmediatamente efímeros para los íntimos del universo (y que casi siempre hubo que eliminar, para preservar el anonimato de los encuestados), nombres de personas, lugares, instituciones, a los cuales se conectan a menudo divisiones estructurantes, es el caso de la oposición entre el teatro de investigación y el teatro de boulevard, que da su sentido a la confusión de una actriz entrevistada entre el nombre de una comediante de boulevard y una gran trágica clásica, verdaderos lapsus significativo a través del cual delata, para quien sepa escucharlo, toda la verdad de un fracaso ligado a una mala orientación inicial entre los dos caminos.

16.

Cf. P. Frenet, "Sa voix harmonieuse et voilée", en *Hors cadre*, 3, 1985, pp. 42-51. (Se realizó una transcripción íntegra (no fonética) de todas las entrevistas (182 en total), que se archivaron junto con las grabaciones correspondientes.)

datos pudieran apuntarse, en estilo indirecto, en el texto introductorio. Pero nunca reemplazamos una palabra por otra ni transformamos el orden de las preguntas o el desarrollo de la entrevista; por otra parte, se indicaron todos los cortes.

Gracias a la ejemplificación, la concreción y la simbolización que efectúan y que les confieren a veces una intensidad dramática y una fuerza emocional cercanas a las del texto literario, las entrevistas transcritas están en condiciones de ejercer un efecto de *revelación*, muy en particular sobre quienes comparten tal o cual de sus propiedades genéricas con el locutor. A la manera de las parábolas del discurso profético, permiten entregar un equivalente más accesible de análisis conceptuales complejos y abstractos: hacen sensibles, incluso a través de los rasgos en apariencia más singulares de la enunciación (entonación, pronunciación, etcétera), las estructuras objetivas que el trabajo científico se esfuerza por destacar.¹⁷ Capaces de conmover y emocionar, de hablar a la sensibilidad sin hacer concesiones al gusto por lo sensacional, pueden entrañar las conversiones del pensamiento y la mirada que a menudo son una condición de la comprensión.

Pero la fuerza emocional también puede tener como contrapartida la ambigüedad e incluso la confusión de los efectos simbólicos. ¿Es posible transmitir palabras racistas de tal manera que quien las pronuncia se vuelva inteligible sin legitimar con ello el racismo? ¿Cómo dar razón de sus palabras sin rendirse a sus razones, sin darle la razón? Más banalmente, ¿cómo evocar, sin excitar el racismo de clase, el peinado de una pequeña empleada y comunicar, sin ratificarla, la impresión que produce inevitablemente en la mirada habitada por los cánones de la estética legítima —impresión que forma parte de su verdad más inevitablemente objetiva—

Como se ve, la intervención del analista es tan difícil como necesaria. Al asumir la responsabilidad de *publicar* determinados discursos que, en cuanto tales, se sitúan, como lo señala Benveniste, "en una situación pragmática que implica cierta intención de influir sobre el interlocutor", se expone a erigirse en relevo de su eficacia simbólica; pero, sobre todo, corre el riesgo de dejar actuar libremente el juego de la lectura, es decir, de la construcción espontánea —para no calificarla de salvaje— que cada lector hace sufrir necesariamente a lo leído. Juego particularmente peligroso cuando se aplica a textos que no fueron escritos y que, debido a ello, no están protegidos de antemano contra las lecturas temidas o rechazadas, y principalmente cuando se aplica a determinadas palabras pronunciadas por locutores que distan de hablar como libros y que, como las literaturas llamadas populares, cuya "ingenuidad" o "torpeza" son el producto de la mirada culta, muy posiblemente no encuentren el favor de la mayoría de los lectores, aun de los mejor intencionados.

Escoger el *laissez-faire* con el objeto de rechazar toda limitación impuesta a la libertad del lector, sería olvidar que, hágase lo que se hiciere, toda lectura está ya, si no obligada, sí al menos orientada por esquemas interpretativos. Se puede comprobar así que los lectores no enterados leen los testimonios como si escucharan las confidencias de un amigo o, mejor, palabras (o chismes) referidas a terceros, una oportunidad de identificarse, pero también de diferenciarse, juzgar, condenar, afirmar un consenso moral en la reafirmación de los valores comunes. El acto político, de una especie muy particular, que consiste en llevar al orden de lo público —mediante la publicación— lo que normalmente no llega allí o, en todo caso, lo que nunca lo hace *en esta forma*.

17.

El discurso de la empleada del centro de clasificación postal, aunque también diga esto, dice mucho más que lo que se dice, con toda la riqueza abstracta del lenguaje conceptual, en un análisis de la trayectoria social de los empleados provincianos, muchas veces obligados a pagar con un largo exilio parisiense el acceso a la profesión o el progreso en sus carreras: "son conocidos, por ejemplo, las restricciones en materia de residencia que implican ciertas carreras en las cuales el acceso a la profesión —por ejemplo, cheques postales— o el progreso están subordinados a un exilio prolongado", P. Bourdieu, *La Distinción*, ib. cit., p. 136.

quedaría en cierto modo tergiversado o totalmente vaciado de sentido. Así, pues, pareció indispensable intervenir en la presentación de las transcripciones, mediante los títulos y subtítulos y sobre todo con el preámbulo, encargado de proporcionar al lector los instrumentos de una lectura comprensiva, capaz de reproducir la postura cuyo producto es el texto. La mirada prolongada y acogedora que se requiere para impregnarse de la necesidad singular de cada testimonio, y que por lo común se reserva a los grandes textos literarios o filosóficos, también puede dirigirse, por una especie de *democratización de la postura hermenéutica*, a los relatos corrientes de aventuras corrientes. Como lo enseña Flaubert, hay que aprender a mirar Yvetot con la mirada que se aplica con tanta naturalidad a Constantinopla: aprender, por ejemplo, a prestar al matrimonio de una profesora con un empleado de correos la atención y el interés que se brindarían al relato literario de una unión desafortunada y a ofrecer a las palabras de un obrero metalúrgico la recepción de recogimiento que cierta tradición de lectura reserva a las formas más elevadas de la poesía o la filosofía.¹⁸

Nos esforzamos, por lo tanto, por transmitirle al lector los medios de dirigir a las palabras que va a leer la mirada que explica, que restituye a la encuesta su razón de ser y su necesidad; o, más precisamente, de situarse en el punto del espacio social desde el cual el encuestado dirige su vista hacia ese espacio, vale decir, el lugar en el que su visión del mundo se vuelve evidente, necesaria, *taken for granted*.

Pero es indudable que no hay escrito más peligroso que el texto con que el memorialista debe acompañar los mensajes que se le confiaron. Obligado a un esfuerzo constante para dominar conscientemente la relación entre el sujeto y el objeto de la escritura o, mejor, la distancia que los separa, debe empeñarse en la objetividad de la "enunciación histórica" que, según la alternativa de Benveniste, objetiva hechos sin intervención del narrador, al mismo tiempo que rechaza la frialdad distante del protocolo de casos clínicos; a la vez que apunta a transmitir todos los elementos necesarios para la percepción objetiva de la persona interrogada, debe utilizar la totalidad de los recursos del idioma (como el estilo indirecto libre o el *como si* caros a Flaubert) para evitar instaurar con él la distancia objetivante que lo pondría en el banquillo de los acusados o, peor, en la picota. Esto, mientras se prohíbe también de la manera más categórica (ésta es una de las funciones del *como si*, por otra parte) proyectarse indebidamente en ese *alter ego* que sigue siendo, quierase o no, un objeto, para erigirse abusivamente en el sujeto de su visión del mundo.

El rigor, en este caso, consiste en el control permanente del punto de vista, que se afirma continuamente en ciertos detalles de la escritura (por ejemplo, en el hecho de decir *su* liceo y no *el* liceo, para indicar que el relato de lo que ocurre en ese establecimiento se formula desde el punto de vista del profesor interrogado, y no del analista). Es en los detalles de esta especie —que, si no

pasan lisa y llanamente inadvertidos, tienen muchas posibilidades de aparecer como meras elegancias literarias o solturas periodísticas— donde se afirma constantemente la separación entre "la voz de la persona" y "la voz de la ciencia", como dice Roland Barthes, y el rechazo de los deslizamientos inconscientes de una a otra.¹⁹

El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. No puede re-producir el correspondiente a su objeto y constituirlo como tal al resituarlo en el espacio social, más que a partir de ese punto de vista muy singular (y, en cierto sentido, muy privilegiado) donde hay que ubicarse para estar en condiciones de captar (mentalmente) todos los puntos de vista posibles. Y sólo en la medida en que es capaz de objetivarse a sí mismo puede, al mismo tiempo que permanece en el lugar que inexorablemente se le asigna en el mundo social, trasladarse con el pensamiento al lugar donde está colocado su objeto (que también es, al menos hasta cierto punto, un *alter ego*) y captar así su punto de vista, es decir, comprender que si estuviera en su lugar, como suele decirse, indudablemente sería y pensaría como él. •

18.

La recepción del discurso sociológico debe mucho, evidentemente, al hecho de que se refiere al presente inmediato o "actualidad", como el periodismo, al que, por otra parte, todo lo opone. Es sabido que la jerarquía de los estudios históricos corresponde al alejamiento de sus objetos en el tiempo. Y es indudable que no se otorgará a la transcripción de una homilía del obispo de Créteil, pese a tener la misma riqueza de sutilezas retóricas y habilidades teológico-políticas, la misma atención que a un texto de Adalberón de Laon, escrito por añadidura en latín, y que se atribuirá más valor a unas palabras, sin duda apócrifas, de Olivier Lefèvre, fundador de la dinastía de los Ormesson, que a una entrevista periodística al último de sus descendientes. Nadie escapa a la lógica del inconsciente académico que onicita esta distribución a priori del respeto o la indiferencia, y al sociólogo que haya logrado superar en sí mismo esas prevenciones le costará tanto más obtener el nombramiento de consideración exigible para los documentos que produce y los análisis que hace de ellos por el hecho de que los diarios y semanarios están llenos de testimonios sensacionalistas sobre la angustia de los profesores o la ira de las enfermeras, testimonios que, en resumidas cuentas, son más aptos para dar satisfacción a esa forma de buena voluntad convencional que se concede a las buenas causas.

19.

Ese control constante del punto de vista nunca es tan necesario y difícil como en el caso de la distancia social que hay que superar es una última diferencia en la proximidad. Así, por ejemplo, en el caso de la hermana, cuyas locuciones favoritas ("yo culpabilizo", "problemas de pareja", etcétera) pueden tener a la vez un efecto represivo y desrealizante que impide percibir la realidad del drama que expresan, sería demasiado fácil dejar jugar las asociaciones de la polémica cotidiana para caracterizar, caricaturizándolas, una vida y un modo de vivir que sólo parecen tan intolerables porque uno teme reconocer en ellos los propios.

Yo no rechazo todo:
 siempre trato de ver la
 inducción de los individuos
 cómo se comportan, de
 dónde vienen, cuáles
 son sus intereses,
 así logro comprender.
 Obrero metalúrgico,
 dirigente sindical de Longwy

Cualquier
 cosa es interesante,
 siempre que
 a mí me miremos
 el tiempo
 suficiente.

GUSTAVE HUBERLIN

El interrogatorio

Pierre Bourdieu y Gabrielle Balazs

Las encuestas administrativas, de las que aquí analizamos algunos ejemplos, son interesantes por varias razones. En primer lugar, porque dan libre curso a los efectos que, salvo vigilancia especial, amenazan con pesar sobre toda relación de encuesta y permiten así apreciar *a contrario* la importancia del esfuerzo que, en la realización de una entrevista, hay que hacer para neutralizarlos: se trata de un caso en que, efectivamente, como lo señala John Gumperz, "pese a las apariencias de igualdad, reciprocidad y cordialidad, los roles de los participantes, es decir, el derecho a la palabra y la obligación de responder, están predeterminados o, al menos, constituyen el objeto de una fuerte coacción".¹ Si la violencia simbólica inherente a la asimetría entre interlocutores muy desigualmente provistos de capital económico y sobre todo cultural puede ejercerse con una ausencia tan perfecta de discreción, es porque los agentes encargados de llevar adelante el interrogatorio se sienten con mandato y autorización del Estado, poseedor del monopolio de la violencia simbólica legítima, y porque, pese a todo, se los conoce y reconoce como tales. Prueba de ello, la réplica, digna de Kafka, de esa mujer que, sometida a un cuestionario muy exigente sobre su salud, se asombra: "Hasta eso preguntan", sugiriendo que la misma encuestadora no es más que el instrumento de una intención elaborada en otra parte, "en las altas esferas".

El análisis de las grabaciones de algunas entrevistas realizadas por una oficina de estudios (que sin duda nos perdonará que la mantengamos en el anonimato...)

a pedido del Ministerio de Investigación y Tecnología, con vistas a evaluar el *kon* después de tres años de su puesta en vigor, permite captar lo que separa el interrogatorio burocrático de las otras formas de interrogatorio de Estado, en especial, la policial y la judicial, y lo que tiene en común con ellas y, más ampliamente, con todas las encuestas burocráticas corrientes.² Aunque —a diferencia de la investigación judicial y, sobre todo, de la policial— se presente (y se viva) como una investigación científica, la encuesta administrativa, estrechamente determinada por fines burocráticos, está íntegramente dirigida por intenciones normativas. Además, todo el momento de realizarla (el año mismo en que la comisión nacional de evaluación del *kon* debe someter su informe al primer ministro), el lugar de su realización (las oficinas de las alcaldías o los centros comunales de acción social encargados de los contratos de inserción), el contenido y la forma de las preguntas (hasta trescientas para una sola entrevista, hechas sin descanso y a menudo por dos encuestadores); todo, decíamos, incita a los encuestados a sentirse en la obligación de establecer la legitimidad de su *status* de beneficiarios del *kon* (como otros, para obtener un subsidio, una pasantía o una vivienda, deben justificar su identidad administrativa de "solicitante de empleo", "desocupado con derechos vencidos", "joven sin calificación", "padre aislado" o "sin domicilio fijo").

La alternancia de preguntas frívolas o irrisorias (con respecto, desde luego, a la situación y las preocupaciones de las personas interrogadas: "¿Cuál es su espaci-

1. Gumperz, *Engager la conversation, introduction à la sociolinguistique interactionnelle*, Paris, Minuit, 1989, col. Le sens commun, p. 15.

2. Agradecemos aquí, desde luego sin poder hacerlo con nombre y apellido, a la persona que nos transmitió estas grabaciones y remitimos, para todas las informaciones sobre esta encuesta, a la obra colectiva de la *Mission interministerielle pour la recherche, Mission interministerielle pour la Investigación y el Plan urbain, Le kon à l'épreuve des faits. Territoire, insertion, société*, Paris, Ed. Syros Alternative, 1991. Esta investigación también dio lugar a un coloquio, efectuado el 8 y 9 de noviembre de 1991. Para los análisis regionales, hay que remitirse a los 13 informes producidos por el

miento preferido?) y preguntas tramposas enunciadas con un tono jovial (“¿Es un trabajo declarado?” o “¿En qué ocupa sus días?”) o bien formuladas de una manera irónica (“Vamos, vamos, su apariencia no es la de un enfermo...”), confiere a veces a la entrevista una violencia tanto más insostenible cuanto que se ejerce con toda inocencia, con la buena conciencia de quien cuenta con la doble legitimidad del orden científico y el orden moral.

Nunca se acabaría de enumerar los presupuestos inscriptos, en cierta forma, en la estructura misma de la relación de encuesta, cuando, como aquí, la asimetría inherente al interrogatorio burocrático encuentra, en y por la distancia entre los recursos y disposiciones sociales del encuestador y los del encuestado, las condiciones de su plena realización. La relación de fuerzas es tal que el interrogador no tiene que preocuparse por saber si los problemas que (se) plantea, problemas institucionales que no tienen interés más que para el organismo solicitante de la encuesta, también le surgen a la persona a quienes lo presenta.

El postulado fundamental del intercambio está inscripto sin duda, en esta imposición de problemáticas, basada en la universalización del interés particular de las burocracias. Pero eso no es todo. El interrogatorio, llevado adelante en la lógica de la sospecha, trata al encuestado como disimulador y simulador potencial al que hay que pescar en la trampa. Además de las preguntas sobre la forma en que los eremitas se informaron sobre la existencia del subsidio, lo que piensan de la ley y a qué parte del presupuesto doméstico se afecta el *IMI*, están también las que apuntan a descubrir si el encuestado tiene ingresos no declarados, si dispone de otros recursos, si vive solo (o más bien sola, porque esta pregunta se dirige las más de las veces a las mujeres) como lo afirma, si no habría pedido el *IMI* para conseguir una cobertura social. Como pesa sobre él la sospecha de la artimaña interesada y la falta de civismo, se le pregunta si vota, con una corrección instantánea que se pretende cómplice: “¿No le preguntamos por quién?”.

En los tres casos presentados aquí —el de una mujer de unos 50 años, que dejó a su marido artesano luego del fallecimiento de su hijo, la cual, no tenía experiencia en trabajos asalariados: el de un pequeño comerciante de 59 años que regentó un restaurante en una barriada popular hasta que una enfermedad le impidió permanecer de pie, y el de un joven manipulador de mercaderías, criado por su abuela portera a raíz de la muerte de su madre— las preguntas llegan a la violencia del interroga-

torio. Trastornadas, desorganizadas, estas vidas no entran en las categorías previstas por el cuestionario estándar, concebido para generar respuestas homogéneas e incapaz de captar la diversidad de las situaciones que pudieron conducir a la solicitud de un subsidio de supervivencia. Los signos de asombro, los reproches contenidos y la condescendencia —cuya forma suprema es, sin duda, la conmisericordia— son otras tantas manifestaciones de los presupuestos —o de los prejuicios— constitutivos de la visión burguesa o pequeño-burguesa del mundo: introducen toda una serie de postulados sobre la composición “conveniente” de una familia, los vínculos que deben mantenerse con ella y las “elecciones” escolares o profesionales que definen una “carrera” digna de ese nombre.

Cuando la mujer que ha perdido un hijo y se separó de su marido declara que renunció a un empleo de un mes porque su hija, liceísta, acababa de tener una criatura, razón por la cual prefería quedarse con ella, le dicen: “¿Su instinto de madre era más fuerte!”. Pero advierte, por otra parte, que le reprochan lo que la encuestadora percibe como una inversión de los roles: “¿Cómo es eso, su hija para la olla?”. A una joven empleada doméstica, madre soltera, se le pregunta como si fuera el tema de una redacción: “¿Qué significa para usted estar sola?” o “¿Es importante para usted ver crecer a su hijo?”. ¿Y qué decir de esta pregunta pseudoanalítica sobre los recuerdos infantiles, que se formula mecánicamente, pese a la reticencia de los encuestados a hacer confidencias o evocar recuerdos dolorosos? “Todo eso está muy lejos [...] no me acuerdo”, contesta, por ejemplo, una joven doméstica que pasó su infancia de hogar en hogar, sin conocer a sus padres. Mientras que otros, como el manipulador de mercaderías que de niño perdió a su madre, oponen su silencio:

ENCUESTADORA: ¿Puede hablarme de su infancia?

ENCUESTADO: [Silencio.]

ENCUESTADORA: ¿Qué recuerdos tiene de ese período?

ENCUESTADO: [Silencio.]

ENCUESTADORA: ¿No tiene ningún recuerdo?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA: ¿No quiere hablar de eso? De acuerdo.

Sin ser nunca completamente conscientes y cínicos, los encuestadores, llevados por sus disposiciones de clase, entran en una relación ambigua de asistencia y vigilancia, actitud maternal y sospecha, y un análisis más sistemático de un *corpus* más extenso permitiría, sin duda, comprobar que la composición del equipo de en-

cuesta según el sexo, la edad, el origen social y el *status* profesional afecta muy directamente la manera de recoger los datos e interpretarlos. Así, tal o cual hipótesis de la encuestadora con respecto a la vivienda sólo cobra sentido por referencia a una definición tácita de lo que en su universo se considera conveniente para una familia de “pobres” como la de la encuestada: “¿Es caro! ¡Yo creía que usted vivía en... [vacilación], en una *odos* piezas!”. Como para disculparse, la encuestada se ve obligada a explicar que ahora que vive con su hija y su nieto, ese departamento de cuatro ambientes le resulta apenas un poco más caro, gracias al subsidio a la vivienda, que el de dos ambientes que ocupaba antes.

De la misma forma, la encuestadora pregunta al pequeño comerciante que reside en un barrio en renovación: “¿Y qué le produce saber que lo van a demoler, que... [se rectifica] que su casa...? [...] ¿Es una casa, quiero decir, un pequeño *chalet* o un departamento? [...] ¿Y la casa es de sus padres? [...] ¿Siempre la misma, desde hace cuántos años?”. Al dejar traslucir su visión sobre el índice adecuado de ocupación, se sorprende e insiste en la cifra: “¿Así que en una época ustedes eran... seis en esa casa?”. Luego calcula en voz alta: “Dos hijos, los padres y sus padres... Está bien. ¿Y ahora sus padres están...?” (silencio, han fallecido). La encuestadora, siguiendo el hilo de su pensamiento y su cálculo, concluye, como si la aliviara saber que hay más lugar: “¿Así que son dos?”.

Es indudable que la violencia alcanza su punto culminante cuando la filosofía de la acción que sostiene todo el interrogatorio conduce a buscar en intenciones y razones el origen de la totalidad de las acciones de todos los agentes, a los que se supone igualmente dueños de su destino, y a erigir así tácitamente a los eremitas en responsables de su miseria. Los “¿por qué?” que escanden las palabras sobre la pérdida del empleo, la separación del cónyuge, el abandono de la escuela, la salud, la desocupación, dejan pensar que todo lo que le sucedió a la persona interrogada fue el resultado de una libre elección. Por ejemplo, a una empleada doméstica que dejó la escuela a los 12 años se le pregunta “¿por qué razón lo hizo?”, e incluso se le aclara: “¿Porque quiso o porque estaba obligada?”. Se postula con ello que cada uno puede y debe manejar a su modo su carrera y su vida.

ENCUESTADORA 2: [Se rectifica.] ¿Y por qué razón dejó el bar?

ENCUESTADORA 1: Por enfermedad...

ENCUESTADO: Porque no podía hacerlo más

ENCUESTADORA 2: Por razones de salud, entonces. [El encuestado añade que “estuvo veinte años en el Correo y después dejó.”]

ENCUESTADORA 1: ¿Así que el motivo por el que dejó ese trabajo fue verdaderamente su esposa?

ENCUESTADO: Así es.

ENCUESTADORA 1: ¿Si no, se hubiera quedado en él?

ENCUESTADO: Oh, estaría jubilado... ah no, no del todo.

ENCUESTADORA 2: [Perdida.] ¿El motivo por el que dejó qué trabajo?

ENCUESTADORA 1: El correo.

ENCUESTADORA 2: ¿Dejó a causa de su mujer? ¿Por qué, ella no...?

ENCUESTADO: [Obligado a repetir.] Era depresiva, ya no podía hacer su trabajo, así que...

ENCUESTADORA 2: [Repite.] ¿Y de qué trabajaba?

ENCUESTADO: Contabilidad.

ENCUESTADORA 1: Entonces usted decidió: renuncio.

ENCUESTADO: Ah, sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Y después le gustó el...?

ENCUESTADO: ¿A mi mujer?

ENCUESTADORA 1: ¿El bar?

ENCUESTADO: ¡No! No, pero, bueno... se acostumbró. [Silencio.] Y yo también.

ENCUESTADORA 1: Sí, la cosa cambia, eh.

ENCUESTADO: Claro.

ENCUESTADORA 1: Hizo trabajos menores antes de entrar al correo?

ENCUESTADO: ¡Ah, sí! Al principio era peluquero. Mi primera profesión fue la de peluquero.

ENCUESTADORA 1: [Tono admirativo.] ¿Qué trayectoria! [Eleva la voz.] ¿Tenía un *cap*?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Y ejerció...?

ENCUESTADO: No mucho, porque no compensaba. Sólo cuatro años; en ese momento, los peluqueros se morían de hambre.

ENCUESTADORA 1: ¿Ah, sí?

ENCUESTADORA 2: ¿En qué época era? ¿Qué año?

ENCUESTADO: Entre 1945... [reflexiona], 1945 y 1949.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué lección sacó del oficio de peluquero, primero, y después del oficio de...?

ENCUESTADO: Que algunas veces uno aprende un oficio y después no le sirve para gran cosa. Depende de los oficios. Nunca quise ser peluquero.

ENCUESTADORA 2: ¡Ah, bueno! ¿Y por qué lo hizo?

ENCUESTADO: Porque... quería ser carpintero embarcado. En esa época, al médico —se murió, afortunadamente— le pareció que era demasiado enclenque. Era enclenque.

ENCUESTADORA 2: [Tono burlón.] *Ahora no parece enclenque, se recuperó...*

ENCUESTADO: Y ahí tiene, era demasiado chico, todo eso, para ser carpintero. Él los veía grandes y gordos a los... y después, eso es... después me propusieron... también había que trabajar; después de la guerra era duro.

Los "¿por qué?" repetidos exigen una reflexión retrospectiva sobre las intenciones de la acción y tienden así a constituir a la víctima en responsable (incluso, a sus propios ojos) de una situación que supuestamente quiso, al menos negativamente, al mostrarse incapaz de "tomarla en sus manos". Así, la encuestadora ironiza sobre el hecho de que el comerciante, cuya esposa, contadora del bar, sigue a cargo de las tareas administrativas, no sepa si llenó los papeles y si firmó el famoso "contrato de inserción" ("es chino"), por lo que lo llama al orden.

ENCUESTADORA 1: *¿Y cuándo le pagaron?*

ENCUESTADO: Dos o tres meses después, creo, no sé exactamente; en principio yo no me ocupé, la que se ocupa de los papeles es mi mujer.

ENCUESTADORA 1: *Mimi, quién se ocupa. ¿Y usted recibió el monto a partir del 1° de enero o...?*

ENCUESTADO: No, no sé... exactamente no sé. No me encargó de eso.

ENCUESTADORA 1: *¿No sabe? [Tono de reproche.] ¿Sabe a cuánto tiene derecho?*

ENCUESTADO: Sí, 2.300... 2.300 [silencio] y unos centavos más, a lo mejor.

ENCUESTADORA 2: [El contrato de inserción.] *¿No sabe si lo firmó o no?*

ENCUESTADO: No sé.

ENCUESTADORA 2: *De todas maneras, es usted el que solicitó el IRI, es usted el que lo percibe o... ¿es usted?*

ENCUESTADO: Sí, soy yo.

ENCUESTADORA 2: *Entonces fue usted el que tuvo que firmar, lógicamente...*

ENCUESTADO: No me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: *Es a cambio de un trabajo, así que a lo mejor tendría que acordarse.*

La discordancia estructural es generadora de malentendidos explícitos. Así, la encuestadora que no escuchó que el joven manipulador de mercancías perdió a su madre a los 12 años, y se preocupa por la regularidad de los vínculos familiares más que por su existencia, pregunta si la sigue viendo. "¡Ah! Perdóneme", suelta,

cuando él exhibe un silencio asombrado. Y una vez que el joven dice que no ve a su padre, ella deduce que está muerto, cuando en realidad vive en el extranjero. Del mismo modo, el comerciante, uno de cuyos hijos adultos vive en la casa paterna, se embrolla en su respuesta cuando la encuestadora, con tono de estar diciendo algo obvio, le pregunta en relación con sus hijos: "Que ya no viven con usted, supongo". "No. Mi hijo... viene a casa." "¿Vive en la casa...? ¿No! ¿Va?" "Viene a casa. Está domiciliado en casa, digamos."

Puede suceder incluso que la evidencia absoluta de una experiencia de la existencia fundada en el dominio del tiempo (y del dinero) conduzca a errores que se codean con el desprecio: así, al manipulador que cuenta con una mezcla de amargura y vergüenza que se "dejó trapear" cuando trabajaba en negro, por un empleador que no le pagó su salario, la encuestadora le pregunta si alguna vez logró cobrar normalmente... Y, un poco más adelante, cuando él dice que no encontró nada en la ANPE, ella le suelta con un tono ligero: "¿Qué iba a hacer a la ANPE?". Toda la distancia entre dos condiciones, y las dos visiones del mundo correspondientes, estalla en la réplica, llena de condescendencia protectora, que la encuestadora, con un tono jovial, le dirige a una empleada doméstica que dice sentirse molesta por tener que declarar su empleo: "No es deshonesto. En todo caso, es un trabajo que conocen todas las mamás".

Dos interrogatorios

Sólo reproduciremos dos extractos bastante largos que condensan todos los esquemas puestos en práctica en una encuesta administrativa de control. Solicitados e incluso intimidados a informar el estado de sus recursos y su salud, su manera de vivir, su historia familiar, su intimidad, los eremitistas resisten, sea a través de la brevedad de sus respuestas, la economía de palabras y el silencio, sea, en los más endurecidos, mediante diversas formas de puesta en escena de la miseria, de las que la más frecuente es el discurso para asistentes sociales.

La sospecha

Un poco turbada, la encuestada explica que acumuló desgracia tras desgracia: afectada de depresión después de la muerte de su hijo a causa de un cáncer, cuando

tenía unos 20 años, se separó de su marido artesano y vive ahora con su hija, liceista, que acaba de tener un bebé. (Por otra parte, vino con su nieto, a quien le da el biberón durante la entrevista.) Como si fuera un poco inconveniente sufrir tantas desgracias, se burla de sí misma y se ríe al evocar un problema complementario: después de esos sucesos, en efecto, su salud se deterioró.

Tanto tacto escapa a la encuestadora que, en busca de su objetivo, intenta verificar en qué momento se trató, para controlar si la solicitud del IRI no se presentó en oportunidad del tratamiento y con vistas a obtener la cobertura social que ese ingreso incluye. Ignorando las informaciones que la misma encuestada le había dado espontáneamente con respecto a su depresión, el intento de psicoanalizarse y la afección del sistema inmunológico que sufre, la encuestadora desarrolla toda la parte médica del cuestionario.

ENCUESTADORA: *¿Y fue a ver a un psicoanalista por propia iniciativa?*

ENCUESTADA: Sí.

ENCUESTADORA: *¿Permaneció en análisis o...?*

ENCUESTADA: No [...]. Lo hice durante dos meses.

ENCUESTADORA: *¿Después de la separación?*

ENCUESTADA: No, no, eso no tenía nada que ver... En fin, sí, era toda una mezcla. Estaba la muerte de mi hijo, estaba la separación, estaba la situación de mi hija; eran muchas cosas. Muchas, muchas cosas.

ENCUESTADORA: *¿Sacó algo de eso... le parece que la ayudó o...?*

ENCUESTADA: Creo que a lo mejor, como con lo de mi hijo tardé dos años, me parece, en comprender realmente las cosas. Ahí también habría necesitado tiempo. Tardé en comprender las cosas, pero lo hubiera conseguido sola. Pero como había un problema de salud que se agregaba...

ENCUESTADORA: *Ah, bueno, tenía...*

ENCUESTADA: Sí, un... [se ríe] problema de salud, lo cual es una cosa más. Así que, sí, pese a todo era bastante urgente que alguien me... que alguien tratara de ayudarme, pero me ayudó porque hablé [...].

ENCUESTADORA: *Vamos a hablar de su salud, porque me dijo que tenía problemas. ¿Cuánto hace que tiene...?*

ENCUESTADA: Oh, hace... [suspira] desde 1982, en 1982 me hicieron estudios porque tenía alergias, me salía eccema, tenía urticaria, así que hasta 1986 hicieron todos los análisis y el médico me dijo: "Señora E., usted es alérgica a todo, así que tome esto y confórmese".

ENCUESTADORA: *¿Qué era, un antialérgico?*

ENCUESTADA: No, no...

ENCUESTADORA: *¡Ah, sí, es alérgica a todo!*

ENCUESTADA: Eso es, era alérgica a todo. Y después un día también pensé, dije, bueno, la muerte de Éric trastornó a todo el mundo y además puede ser que sea el mal, el sufrimiento que sale así: y desde el día que entendí eso, poco a poco empezó a desaparecer.

ENCUESTADORA: *Sí, efectivamente, usted había hecho su análisis.*

ENCUESTADA: Sí, lo hice, pero tardé un tiempo en hacerlo. Y además, de todas maneras no entendía. Y cuando tuve problemas con mi marido, en fin, problemas... de nuevo, volvió a empezar. Pero ahí era mucho más serio. Y empezamos con todos los análisis en el hospital. Después se dieron cuenta de que había un problema inmunológico, así que hice una enfermedad autoinmunológica.

ENCUESTADORA: *¿Y ahí la controlan?*

ENCUESTADA: Sí.

ENCUESTADORA: *¿Va regularmente a lo de...?*

ENCUESTADA: Sí, todos los meses. Me dan cortisona, ya hace (¿en qué estamos?, ah, en octubre), ya debe de hacer ocho meses.

ENCUESTADORA: *¿El hecho de cobrar el IRI le permite también tener la cobertura social?*

ENCUESTADA: No era, de veras no es así.

ENCUESTADORA: *No, pero yo no soy policía, en la lógica, busco las lógicas: quiere decir que su nombre nunca aparecerá en ninguna parte. Trato de pensar simplemente en términos de recorrido, por qué eso correspondería más bien a la cobertura social que la vivienda.*

ENCUESTADA: No, cuando solicité el IRI no se habían hecho los estudios, quiero decir, ni siquiera habían descubierto la enfermedad; no había habido trámites. Y no fue antes de abril, fue en el mes de abril. Así que como era beneficiaria desde enero, quiero decir, no es para nada eso lo que hizo... Pero en ese aspecto debo reconocer que ahora con todo...

ENCUESTADORA: *¿Son tratamientos costosos?*

ENCUESTADA: Los tratamientos no, pero los análisis, sí.

ENCUESTADORA: *Es decir que le hacen análisis de...*

ENCUESTADA: En los estudios había análisis de plaquetas: en fin, durante un tiempo era cada dos, tres días, después se redujo porque se había estabilizado, entonces era todas las semanas, después fue cada 15 días y ahora cada tres semanas. Y el tratamiento, lógicamente, va a terminar [...]; pero hubo estudios de los ojos porque tomaba un medicamento, mientras que ahora tomo cortisona [...] y después también la internación [...]. Al principio

me internaron porque no sabían para nada qué era. Y además pensaron que era un virus, después dijeron que era otra cosa y después también estuve internada porque las plaquetas habían bajado mucho, así es [...].

ENCUESTADORA: Sí, sobre ese asunto, sobre esta historia de que el RMI sirve finalmente para una protección social, ¿qué puede decirme?

ENCUESTADA: Digo que es importante. Es muy importante.

ENCUESTADORA: Sí, porque está efectivamente el aspecto financiero, ayuda inmediata, pero también el derecho a la cobertura, no sé.

ENCUESTADA: En eso es verdaderamente muy, pero muy importante. Quiero decir que resultó así, pero verdaderamente es una gran ayuda y una gran preocupación menos: verdaderamente, una gran preocupación menos [...].

ENCUESTADORA: [Retoma su cuestionario.] ¿Ahora qué es... duerme bien?

ENCUESTADA: No [se ríe y alza la voz, asombrada, insistiendo en el "eso"]. ¿Hasta eso preguntan?

ENCUESTADORA: Sí... ¿Se despierta a la noche?

ENCUESTADA: ¡Ah, sí! [Se ríe.] Tengo insomnio.

ENCUESTADORA: ¿Toma pastillas para dormir?

ENCUESTADA: No. Como máximo unos [medicamentos tranquilizantes].

ENCUESTADORA: ¿Se siente con ganas, pese a todo? Cosas placenteras, ganas. ¿No?

ENCUESTADA: [Se ríe.] No.

ENCUESTADORA: ¿No tiene ganas de nada? ¿Tiene ideas negras?

ENCUESTADA: No... ah, algunas veces, pero no...

ENCUESTADORA: ¿De vez en cuando?

ENCUESTADA: De vez en cuando.

ENCUESTADORA: ¿Tiene dificultades para concentrarse?

ENCUESTADA: Sí.

ENCUESTADORA: ¿Un poco, mucho? ¿O para nada...?

ENCUESTADA: No, un poco.

ENCUESTADORA: ¿Le falla la memoria?

ENCUESTADA: ¡Bueno, es la edad!

ENCUESTADORA: ¿Y síntomas respiratorios: opresión, ahogos...?

ENCUESTADA: Sí, claro... Pero es inherente a la enfermedad y cuando estoy un poco depre: es todo.

El tribunal del buen sentido

Dos encuestadoras, una joven, la otra un poco más grande, de voz aguda, frente a un pequeño comerciante enfermo, de voz cansada, agobiada, y próximo a la edad

de la jubilación, que renunció a su negocio luego de una intervención quirúrgica.

Si la situación no fuera tan dolorosa (se puede advertir desde el inicio de la entrevista, cuando el encuestado habla de su "vergüenza" por ser eremista: "Cuando uno trabajó toda una vida... ¡llegar a esto, eh!"), podría pensarse en una comedia de reiteraciones voluntariamente puesta en escena. En efecto, una buena parte de las preguntas se plantea dos veces, una primera por la encuestadora joven (Encuestadora 1), y una segunda por la responsable local de la encuesta (Encuestadora 2), que llega más tarde. Las mismas preguntas, los mismos asombros, los mismos comentarios y finalmente la misma incomprensión. Sólo al final el anciano protesta por tener que "exhibir de esta manera su currículum".

[...]

ENCUESTADORA 1: ¿Y cómo se enteró del RMI? ¿Cómo oyó hablar de él?

ENCUESTADO: Por distintos lados. Y además, también un poco por necesidad, eh.

ENCUESTADORA 1: Sí, ¿cómo hizo, cómo fue que...?

ENCUESTADO: Fui a inscribirme al empleo y...

ENCUESTADORA 1: Al empleo [traduce inmediatamente al lenguaje institucional, o sea... ¿estuvo en la ANPE?]

ENCUESTADO: Sí. Me inscribí, pero no pedía empleo. A mi edad...

ENCUESTADORA 1: ¿Qué edad tiene, señor?

ENCUESTADO: Voy a cumplir 60. Los cumplo en agosto. Cincuenta y nueve, digamos.

ENCUESTADORA 1: ¿Y fue a inscribirse a la ANPE, a qué se dedicaba?

ENCUESTADO: Antes era comerciante.

ENCUESTADORA 1: ¿Comercio de qué tenía?

ENCUESTADO: Un bar.

ENCUESTADORA 1: Vamos a volver a la experiencia profesional un poco más adelante [en el cuestionario]: así que fue a la ANPE, ya no tenía derechos, eeb... ni subsidios ni nada, ¿y fue ahí... cuando le hablaron del RMI? Una persona de la ANPE, entonces.

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: Usted mismo estuvo allá, ¿eh?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué le... aconsejó?

ENCUESTADO: [Silencio.] Me dijo que tenía derecho a algo. Eso fue todo.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué sensación tuvo cuando le enviaron su primer subsidio?

ENCUESTADO: [Muy bajo.] Una sensación de vergüenza.

ENCUESTADORA 1: ¿Por qué?

ENCUESTADO: Porque sí. Cuando uno trabajó toda una vida... [muy bajo, con un suspiro]... y llegar a esto, eh.

ENCUESTADORA 1: [Asombro.] ¿Trabajó toda una vida y no tiene derecho a nada?

ENCUESTADO: Sí, pero dentro de un año... sólo voy a cobrar la jubilación dentro de un año.

ENCUESTADORA 1: ¡Ah, es así! La situación es provisional, entonces...

ENCUESTADO: Así es.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuándo dejó de trabajar?

ENCUESTADO: A fines de 1989. En noviembre de 1989; a fines de noviembre de 1989.

ENCUESTADORA 1: ¿Y por qué dejó?

ENCUESTADO: Porque no podía trabajar.

ENCUESTADORA 1: ¿Estaba...?

ENCUESTADO: Enfermo.

ENCUESTADORA 1: ¿Estaba enfermo?

ENCUESTADO: Me dolían las piernas y tuve que operarme.

ENCUESTADORA 1: Espere, porque hay un asunto sobre la salud [en el cuestionario], voy a pasar directamente ahí: entonces, ¿qué tenía en las piernas?

ENCUESTADO: Un... várices, una enfermedad de la circulación de la sangre.

ENCUESTADORA 1: ¿Y detrás del bar estaba siempre de pie?

ENCUESTADO: Así es.

ENCUESTADORA 1: ¿Lo operaron?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuándo?

ENCUESTADO: [Con un suspiro.] A fines de abril. El 28 de abril, me parece; ya no me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: ¿Y tuvo que quedarse en cama?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuánto tiempo?

ENCUESTADO: Digamos unos diez... Unos diez días.

ENCUESTADORA 1: ¿Y ahí decidió dejar? ¿Fue después de esta operación que decidió...?

ENCUESTADO: Ah, bueno, no, incluso antes, porque no podía más.

ENCUESTADORA 1: ¿Hacia tiempo que había dejado?

ENCUESTADO: No, pero en cuanto a dejar, había dejado de trabajar porque no podía seguir más. Y ahí, claro, los doctores me operaron, pero... bueno, ya estoy mejor; pero no va más; ya no tengo 30 años, mire.

ENCUESTADORA 1: [Tono leve de conversación.] ¿Firmó un contrato de inserción?

ENCUESTADO: ¿Cómo dice? Para mí, esas palabras son

chino. Jamás me ocupé del papelerío... en ese aspecto, soy completamente ignorante.

ENCUESTADORA 1: En realidad es su esposa la que...

ENCUESTADO: Es mi secretaria [se ríe].

ENCUESTADORA 1: Quiere decir que no le hicieron firmar un contrato personalmente, o sea que a cambio del RMI, el Estado alienta a la gente a insertarse, o sea...

ENCUESTADO: No, no.

ENCUESTADORA 1: ¿No firmó?

ENCUESTADO: No, creo que no. No me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué piensa de esta ley?

ENCUESTADO: Está bien, pero... Está bien.

[...]

ENCUESTADORA 1: [Alza la voz.] Vamos a empezar un poco con sus empleos. El último, entonces, es el bar: ¿desde cuándo se dedicó a eso?

ENCUESTADO: Desde 1974; sí, 1974.

ENCUESTADORA 1: Así que compró el... [¿Cómo decidió instalar ese bar, cómo se le ocurrió la idea?

ENCUESTADO: Ah, bueno, fue curioso. Mi mujer era empleada contable y tuvo... era depresiva y tenía que cambiar de trabajo. ¿Para hacer qué? Yo estaba en el correo y presenté la renuncia. Y compramos un comercio. Así fue.

ENCUESTADORA 1: ¿Qué hacía en el correo?

ENCUESTADO: Hacía heliografía. Antes estaba en las líneas y después pasé a heliografía. Tiraje, distribución de planos.

ENCUESTADORA 1: Sí, está bien. Y antes era...

ENCUESTADORA 2: Ah, buenos días. Buenos días, señor.

ENCUESTADORA 1: La señora es la encargada de la encuesta.

ENCUESTADORA 2: Yo... no sabía que habían empezado... no pararon un minuto...

ENCUESTADORA 1: Acabamos de empezar. El señor tenía un bar, lo dejó no hace mucho, espera la jubilación...

ENCUESTADO: Va a hacer un año.

ENCUESTADORA 2: ¿Tenía un bar dónde?

[Con tono cansado, el hombre menciona el barrio popular que ya había citado antes.]

ENCUESTADORA 1: ¿Hasta qué edad fue a la escuela?

ENCUESTADO: Hasta los 14.

[...]

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces aprobó el CAP después?

ENCUESTADO: Después.

ENCUESTADORA 1: Sí, entonces lo obtuvo a los 16 años, ¿no?

ENCUESTADO: A los 16 años y medio. A los 16 años y medio tenía el CAP.

ENCUESTADORA 1: ¿Y en la escuela le iba bien?

ENCUESTADO: Bueno. no fui mucho porque vino la guerra y estaba... cómo decir... evacuado. Sí. Quiere decir que durante tres años y medio, cuatro, no fui a la escuela.

ENCUESTADORA 2: ¿Y dónde estaba durante la guerra, entonces?

ENCUESTADO: En los Pirineos.

ENCUESTADORA 2: ¿En los Pirineos? Con su familia...

ENCUESTADO: No, no, no. Solo.

ENCUESTADORA 1: ¿Solo?

ENCUESTADORA 2: Sí, bueno... ¿en una institución?

ENCUESTADO: En una granja.

[...]

ENCUESTADORA 2: ¿Y por qué lo habían evacuado?

ENCUESTADO: Porque tenía miedo. Cuando sonaba la sirena, me caía redondo.

ENCUESTADORA 2: ¿Fueron sus padres los que lo decidieron?

ENCUESTADO: Bueno, sí, fue el médico, no era normal.

ENCUESTADORA 1: ¿Y en la granja trabajaba?

ENCUESTADO: Sí. Además me gustaba.

ENCUESTADORA 2: Sí, le gustaba... ¿conserva un buen recuerdo de...?

ENCUESTADO: Eeh, sí y no. Era un poco triston.

[...]

ENCUESTADORA 1: Así que la escuela, era una buena razón... ¿se fue a eso de los 10 años, no sé? ¿La dejó...?

ENCUESTADO: En el momento oportuno dejé la escuela, cuando era lo más importante.

[...]

ENCUESTADORA 2: Bueno, el señor no firmó el contrato de inserción, en fin, creo...

ENCUESTADORA 1: [Explica.] Su mujer lo hace de secretaria.

ENCUESTADO: Mi mujer se ocupa de todo, yo nunca me ocupé de los papeles.

ENCUESTADORA 2: Ya no sé, no tengo el expediente ¿No sabe si lo firmó o no?

ENCUESTADO: No sé.

ENCUESTADORA 2: De todas maneras, es usted el que solicitó el km, es usted el que lo percibe o... ¿es usted?

ENCUESTADO: Sí, soy yo.

ENCUESTADORA 2: Entonces fue usted el que tuvo que firmar, lógicamente...

ENCUESTADO: No me acuerdo.

ENCUESTADORA 1: Es a cambio de un trabajo, así que a lo mejor tendría que acordarse.

ENCUESTADORA 2: O de una pasantía.

ENCUESTADO: No, no hice ninguna pasantía.

ENCUESTADORA 1: ¿Le propusieron alguna?

ENCUESTADO: ¡No! Hay jóvenes que esperan... yo no voy a...

ENCUESTADORA 1: [Hojea las páginas, y vuelve atrás.] Peluquero, cuatro años: ¿después entró al correo o...?

ENCUESTADO: No, no directamente, hice cosas sueltas aquí y allá. Había que trabajar, eh. Entré al Correo.

ENCUESTADORA 1: ¿Había dejado, tenía su local, no...?

ENCUESTADO: No, no, no.

ENCUESTADORA 1: Trabajaba en lo de otro peluquero...

ENCUESTADO: Obreiro, obreiro...

ENCUESTADORA 1: Obreiro, sí, y dejó, hizo cosas sueltas, es decir que hizo trabajos menores...

ENCUESTADO: De una casa a la otra. Siempre trabajé, eh. Iba adonde se podía ganar dinero, eso es todo.

ENCUESTADORA 2: ¿Y cuánto le falta para la jubilación?

ENCUESTADO: Diez meses [largo silencio].

ENCUESTADORA 2: Y entre tanto, ¿a qué se dedica, hace trabajos menores... eeh?

ENCUESTADO: No, no, no. Salgo, voy a lo de mi hermana, que vendió su casa, hago arreglos en el jardín, me ocupo de eso, digamos.

ENCUESTADORA 2: [Con un tono tranquilizador, para indicarle que puede hablar sin temor del trabajo en negro.] Porque nosotros no tenemos nada que ver con la asistente social, no estamos para... entendió bien, no estamos...

ENCUESTADO: Sí, ella me explicó, la señora [la encuestadora 1]. La señora me explicó...

ENCUESTADORA 2: ...para... si hace trabajitos, nos interesa, si usted quiere, en un plano más bien científico saber cuál es el peso de los trabajos menores, así que puede decirlo, no ramos a ir a contárselo...

ENCUESTADO: No, no, no. Nada de trabajo en negro.

ENCUESTADORA 2: No, porque eventualmente podría, usted está... aparentemente no tiene problemas de salud...

ENCUESTADO: Sí, las piernas. Ahora las tengo arruinadas.

ENCUESTADORA 1: ¿Así que va a hacer trabajo de jardín?

[Como si se tratara de algo incongruente.]

ENCUESTADO: Jardinería... Me ocupo, doy fe.

ENCUESTADORA 2: ¿Cómo ocupa su día, o...? ¿Aparte de venir a vernos, pero eso no son muchas veces...?

ENCUESTADO: Trabajo en el jardín, leo... camino; tengo que caminar, así que camino. Nada del otro mundo, eh.

ENCUESTADORA 2: ¿Era la casa de sus padres?

ENCUESTADO: De mis padres.

ENCUESTADORA 2: En estos días es raro ver gente que está

ENCUESTADO: Además nos van a demoler para reubicar-nos doscientos metros más allá. Fíjese que no es una lástima porque es un poco... [...]

ENCUESTADORA 2: ¿Qué siente al saber que lo van a demoler? Que [vacilación, se rectifica] su casa...

ENCUESTADO: Hace un año que lo sabemos. Me enfermaba. Ah, estaba enfermo. Y después, ahora, en el fondo estoy contento, voy a vivir en un lugar nuevo. Porque ahí es puro remiendo.

ENCUESTADORA 2: ¿Cree que el hecho de saber que iban a demoler la casa de sus padres—porque pese a todo es la casa familiar—tuvo influencia en su trabajo?

ENCUESTADO: No, no, no [largo silencio].

ENCUESTADORA 1: ¿Es una casa, es decir, es un pequeño chalet? ¿O es un departamento?

ENCUESTADO: No, es una casucha. Medianera.

ENCUESTADORA 1: ¿Y sus padres vivieron con usted...?

ENCUESTADO: Siempre viví con mis padres.

ENCUESTADORA 1: ¿Ah, sí?

ENCUESTADO: Me casé, y volví a la casa.

ENCUESTADORA 1: ¿Había lugar suficiente?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 2: ¿Y no tiene... no tiene hijos?

ENCUESTADO: Sí. Una hija que tiene 37 años y un varón de 36.

ENCUESTADORA 2: [Tono de estar diciendo algo obvio.] Que ya no viven con ustedes, supongo.

ENCUESTADO: No. Mi hijo... viene a casa.

ENCUESTADORA 2: ¿Vive en su casa... no, va?

ENCUESTADO: Viene a casa. Está domiciliado en casa, digamos.

ENCUESTADORA 1: ¿Trabaja su hijo?

ENCUESTADO: ¡Sí! Está en el Correo.

ENCUESTADORA 1: Está en el Correo... [silencio] ¿Y su hija?

ENCUESTADO: Mi hija no trabaja.

ENCUESTADORA 1: Sí, ¿está casada?

ENCUESTADO: Ah, sí, ahora trabaja. Trabaja... Está en trámite de divorcio, está...

ENCUESTADORA 2: [Se ríe.] ¿Pero eso no es un trabajo...?

ENCUESTADO: No, trabaja, ¿dónde es que trabaja? Liceo, liceo... por el lado de las Alécs, no sé, ¿hay algún liceo?

ENCUESTADORA 1: En un liceo, ¿es celadora o...?

ENCUESTADO: Sí, no sé, inicia a los chicos en... [repente] inicia... ¡caramba! ¡Ay, no me va a salir el nombre...! En informática.

ENCUESTADORA 1: [Expresa su asombro.] ¿Ah, sí? ¿Sabe informática?

ENCUESTADO: Sí, aprobó no sé qué, pero creo que no en alto nivel, aprobó una pasantía...

ENCUESTADORA 1: [Tono asombrado.] ¿Ah, sí! [...]

ENCUESTADO: Mi hijo también está... no está casado, pero en fin, es lo mismo.

ENCUESTADORA 1: Vive [subraya cada sílaba] maritalmente, como suele decirse.

ENCUESTADO: Vive maritalmente, eso es.

ENCUESTADORA 2: [Se ríe.] Como dicen los tecnócratas.

ENCUESTADORA 1: ¿Y la casa es de sus padres, es de...?

ENCUESTADO: Ah, no, no, es de las hijas. Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Y es siempre la misma, desde hace cuántos años?

ENCUESTADO: Desde 1930. Yo nací en 1931.

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces, en alguna época, eran seis en la casa?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: Dos hijos, los padres y sus padres... Está bien. Y ahora sus padres están...

ENCUESTADO: [Silencio.] Fallecieron.

ENCUESTADORA 1: ¿Entonces ahora son dos?

ENCUESTADO: Sí, somos dos.

ENCUESTADORA 1: ¿Hay varios... cómo es de grande?

ENCUESTADO: Tres dormitorios [...]

ENCUESTADORA 1: Sí... ¿es comfortable su casa?

ENCUESTADO: Ahora ya no. Es vieja, es... además ya no hago nada, quería volver a empapelar y no puedo subirme más a la escalera; de todas maneras lo dejamos, vamos a vivir un año así.

ENCUESTADORA 1: ¿Y cómo fue su infancia, se quedó en...?

ENCUESTADO: Muy bien.

ENCUESTADORA 1: Se quedó entonces... ¿Tenía hermanas?

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 1: ¿Cuántos?

ENCUESTADO: Éramos cinco varones y una chica. Hay dos fallecidos: los dos mayores fallecieron.

ENCUESTADORA 1: Fallecieron cuando eran jóvenes, bueno, niños, o...?

ENCUESTADO: No, uno a los 14 años y el otro a los 50...

ENCUESTADORA 1: Está bien, de modo que eran seis de familia.

ENCUESTADO: Yo era el último de los varones.

ENCUESTADORA 1: Vivían en esa casa.

ENCUESTADO: Sí, pero era demasiado chica.

ENCUESTADORA 1: [Le hace corto.] Era demasiado chica.

ENCUESTADORA 2: Sí, debía... y usted vivió.

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 2: [Tranquilizadora.] *Dicen que falta lugar, pero en esa época debía de haber mucha gente que todavía vivía...*

[...]

ENCUESTADORA 1: [Tono serio.] *¿Hubo algún suceso particular en su infancia que desempeñó un papel importante, se acuerda de algo destacado...?*

ENCUESTADO: La guerra... la guerra, desde ya.

ENCUESTADORA 2: *Es un asunto gordo.*

ENCUESTADORA 1: *La guerra, sus desmayos.*

ENCUESTADO: Sí, pero, ah, pero eso no era nada. Mi hermano deportado, hubo muchas cosas, en fin... [manifiesta que no quiere seguir hablando de eso], está lejos, ahora ya no pensamos más en eso.

ENCUESTADORA 2: *¿Y al que murió a los 44 años lo deportaron?*

ENCUESTADO: Sí, murió del corazón, era cardíaco.

ENCUESTADORA 2: *Sí, pero, en fin, ¿eso fue lo...?*

ENCUESTADO: No, no fue por eso.

ENCUESTADORA 2: [Tono conmisericordioso.] *No, porque, pese a todo, a los deportados los privaron de muchas cosas...*

ENCUESTADO: Sí. Sí. Pero, en fin, no fue por eso. Ya de joven estaba enfermo del corazón.

ENCUESTADORA 2: *Ab, sí, está bien. Eso no ayudó en nada [silencio].*

ENCUESTADO: No lo ayudó.

ENCUESTADORA 1: *¿Y usted tiene recuerdos infantiles, de su familia, de sus padres? ¿Qué hacían sus padres? Su padre era...*

ENCUESTADO: Mi padre trabajaba en el puerto. Y mi madre, en casa. Siempre la veía en casa.

ENCUESTADORA 1: *¿Y qué hacía en el puerto?*

ENCUESTADO: Era capataz.

ENCUESTADORA 1: *¿Tenían... eeb? ¿Económicamente, la cosa caminaba?*

ENCUESTADO: ¡Ah, sí!... desde luego, no nadábamos en oro pero teníamos todo lo que hacía falta.

ENCUESTADORA 1: *¿Es una familia unida?*

ENCUESTADO: Muy [silencio].

ENCUESTADORA 1: *¿Y a sus hermanos los ve?*

ENCUESTADO: Sí. Sí.

ENCUESTADORA 1: *¿Sí, regularmente?*

ENCUESTADO: Sí. Nos vemos.

ENCUESTADORA 1: *¿Van a su casa, usted va a las de ellos o...?*

ENCUESTADO: Voy a lo de ellos, ahora ya no recibo porque la casa no está en condiciones, no los recibo. Pero pese a todo nos vemos.

ENCUESTADORA 1: *¿En casa de ellos, entonces? Y bueno, ¿sale con frecuencia de su barrio o...?*

ENCUESTADO: No. Digamos que ahora vivimos como viejos, no sé.

ENCUESTADORA 1: *¿Cuánto salen? ¿Una vez por semana?*

ENCUESTADO: No. No salimos. No, no salimos. ¿Quiere decir, a espectáculos y todo eso? No... ts, ts... Nunca.

ENCUESTADORA 2: [Tono dulzón.] *¿Cuál es su esparcimiento preferido?*

ENCUESTADO: La pesca. La pesca y la caza. Y después, el fútbol, también... Ahora miro a los demás.

[...]

ENCUESTADORA 1: *¿Y nunca tuvo relación con los trabajadores sociales?*

ENCUESTADO: Nunca.

ENCUESTADORA 1: *¿En su familia, nadie tuvo problemas?*

ENCUESTADORA 2: *¿Sólo cuando se vio obligado a solicitar el RMI?*

ENCUESTADO: Sí. En fin, ni siquiera lo habría pedido, no sabía que... existía algo así.

ENCUESTADORA 1: *¿Fue en la ANPE, en la ANPE me dijo?*

ENCUESTADO: Debe de haber sido en la ANPE, sí.

ENCUESTADORA 2: *¿Habrán sido ellos los que lo aconsejaron?*

ENCUESTADO: Sí.

ENCUESTADORA 2: [Almibarada.] *¿Y cumplía los requisitos de la asignación condicionada a los recursos?*

ENCUESTADO: Sí, porque no tengo recursos.

ENCUESTADORA 2: *¿Cuánto hace que está en esa situación?*

ENCUESTADO: Desde noviembre del año pasado, de 1989, digamos.

ENCUESTADORA 2: [Retoma una pregunta ya formulada.] *¿Y por qué el bar que tenía...? ¿El bar fue su última ocupación, no?*

ENCUESTADO: Sí, sí, sí.

ENCUESTADORA 2: *¿Por qué razón...?*

ENCUESTADO: Porque no podía trabajar más.

ENCUESTADORA 2: *¡Ah! Está bien, era por razones de salud.*

[El encuestado cuenta la puesta en venta del bar, que no resultó muy bien por estar ubicado en un barrio popular. Las encuestadoras comparan el estilo del bar con los cafés elegantes del centro.]

ENCUESTADORA 1: *Y usted conocía gente... ¿Del RMI no oyó hablar mucho, en realidad?*

ENCUESTADO: No, y además no hablo.

ENCUESTADORA 1: *¿Sí, ¿no habla?*

ENCUESTADO: Ni siquiera. no.

ENCUESTADORA 2: *¿Qué piensa del RMI, de la ley del RMI?*

ENCUESTADO: Está bien, pero... No debería existir.

ENCUESTADORA 2: *¿Qué quiere decir?*

ENCUESTADO: No sé. Es una impresión, en fin, personalmente, me molesta una enormidad.

ENCUESTADORA 2: *No, pero es importante, lo que usted me decía, un poco...*

ENCUESTADO: Casi me da vergüenza, ya se lo dije antes. Hay quienes hace años que lo aprovechan, está... está bien para los ancianos. Que los ayuden a... [como si se hablara a sí mismo]. Pero si falta trabajo, los jóvenes no pueden inventarlo...

ENCUESTADORA 2: *Usted siente un poco de vergüenza, ¿por qué? ¿Me lo puede explicar un poquito?*

ENCUESTADO: ¡Pero no sé! Porque después de haber trabajado, no tendría que necesitar esto.

ENCUESTADORA 2: *Considera que después de haber trabajado toda la vida...*

ENCUESTADO: Sí, así es, sí. Contar su vida y todo eso... No, ahí no estoy de acuerdo.

ENCUESTADORA 2: [Escandalizada.] *¡Ab, no, pero nadie lo obliga a eso!*

ENCUESTADO: No, está bien, pero en fin, igual uno habla...

ENCUESTADORA 2: *Si usted quiere, estamos un poco desconectados del RMI local.*

ENCUESTADO: En cualquier lugar, en todas partes, hay que exhibir el curriculum.

ENCUESTADORA 2: [Tono de agotamiento.] *Sí, en todas partes, ¡a sea con las asistentes sociales, en el ANPE, en todas partes...*

ENCUESTADO: ¡Así es!

ENCUESTADORA 2: *... hay que exhibir... Eso no le gusta...*

ENCUESTADO: ¡Ah, no, en absoluto! Ni siquiera venir acá...

ENCUESTADORA 2: *Entonces se lo vamos a agradecer doblemente... [risas], porque eso nos ayuda.*

ENCUESTADORA 1: *Mucho más, se lo podemos decir, porque los señores prácticamente no vienen a las citas*

que les damos.

ENCUESTADO: ¿No? Ah, bueno.

ENCUESTADORA 1: *Las mujeres vienen mucho más: los señores tienen otras cosas que hacer o... no sé.*

ENCUESTADO: Fíjese, honradamente, si hubiese sabido, a lo mejor no venía. Fue mi mujer la que...

ENCUESTADORA 1: *¡Oh, no somos tan malas! [Risas.]*

ENCUESTADO: No, está bien, pero, en fin... Es un poco molesto.

ENCUESTADORA 2: [Untuosa.] *Sabe, entiendo que lo viva efectivamente como un poco molesto...*

ENCUESTADO: Pese a todo, uno tiene un poquito de orgullo.

ENCUESTADORA 2: *Sí, totalmente, comprendo que lo viva como algo molesto, esto dicho por nosotras, que lo vemos mucho...*

ENCUESTADO: Para ustedes, eso no cambia nada. Sí, en eso estoy de acuerdo, por supuesto.

ENCUESTADORA 1: *Sí, y además nosotras hacemos nuestro trabajo, así que aparte tenemos elementos... Y al mismo tiempo, también es un contacto...*

ENCUESTADO: Sí, por supuesto, entiendo.

ENCUESTADORA 2: *A lo mejor necesitamos efectivamente materiales... como la señora [la primera encuestadora] debe de haberle explicado el objetivo de...*

ENCUESTADO: Sí...

ENCUESTADORA 2: [Por fin encuentra un argumento.] *Usted participa en una investigación científica. ¿Se da cuenta? [Se ríe a mandíbula batiente.]*

ENCUESTADO: Está muy bien. Habré servido para algo.

ENCUESTADORA 2: [Se ríe.] *Un eslaboncito de la gran cadena...*

ENCUESTADO: Un eslabón muy chico, entonces.

ENCUESTADORA 2: *No, los eslabones chicos son los que hacen las grandes cadenas. [...] Si no, ¿le parece verdaderamente muy molesto estar obligado a reiterar cada vez...?*

ENCUESTADO: ¡Ah, sí! ¡Eso sí!

ENCUESTADORA 1: *¿Repétir su vida, no sé?*

ENCUESTADO: Ah, sí. Sí, sí... Es muy desagradable. •